

DE LA ACELERACIÓN AL ANTROPOCENO
ANÁLISIS SOBRE LA CRISIS DEL FUTURO A ESCALA HISTÓRICA Y GEOLÓGICA
DESDE LA PERSPECTIVA DE REINHART KOSELLECK

Trabajo para optar al título de
Licenciada en Filosofía

Modalidad: monografía

Presentado por
Lucía González Cruz
Cód. 2016132013

Director
Óscar Javier Linares Londoño

Universidad Pedagógica Nacional
Facultad de Humanidades
Departamento de Ciencias Sociales
Licenciatura en Filosofía

Bogotá D.C.

2024

Agradecimientos

La elaboración de este trabajo requirió de habilidades que fui desarrollando en mi paso por la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional. En esa medida, agradezco a los profesores y profesoras que, con sus formas, me llevaron a apreciar una muy importante: la escritura. Óscar Linares y Diana Acevedo son dos docentes por los que abrigo profundo cariño y admiración porque sus esfuerzos siempre se condujeron a que sus estudiantes consolidaran la habilidad de fijar ideas y de desenredar la madeja a través del texto. Quiero agradecer, particularmente al profesor Óscar, por su afabilidad que me permitió preguntar más de una vez la misma cuestión. Por sus correcciones juiciosas y sus sugerencias que me llevaron a crear un mapa sobre la historia conceptual con el que podré orientarme en próximas lecturas y proyectos. Aunque esta monografía no haga completa justicia a su labor como tutor.

También le agradezco a Yuly Ramos, quien leyó algunos pasajes de este texto y contribuyó con su tino a hacerlos más legibles. Por último, a mi mamá y a mi hermana por su escucha y contención sin las que me habría resultado más que difícil culminar este proceso.

Resumen

Este trabajo se ocupa, en primer lugar, de reconstruir la perspectiva de Reinhart Koselleck sobre la aceleración, entendida esta como el fenómeno que acortó la duración de las estructuras sociales y políticas que tenían la función de consolidar el espacio de experiencia emergente en la modernidad. Posteriormente, se extiende el análisis koselleckiano a la actualidad para mostrar que el fenómeno de la aceleración sigue vigente. El rasgo de la aceleración que es central en esta monografía es su capacidad de erosionar, hoy en día, las constantes metahistóricas dentro de las cuales se encuentran ciclos biológicos y terrestres que no estaban al alcance humano. Para llegar a ello se siguió la hipótesis koselleckiana de acuerdo con la cual la experiencia de la aceleración del tiempo histórico emergió en la modernidad. En seguida, la hipótesis se extendió para analizar la experiencia del tiempo actual arrojando como resultado que la aceleración sigue manteniéndose como una característica vigente que va más allá de la alteración del tiempo histórico.

Para llegar a ello, se propuso el siguiente orden: en primer lugar, se describieron las herramientas que el historiador alemán acuñó para emprender el análisis de la temporalidad moderna (“espacio de experiencia”, “horizonte de expectativa”, “estratos del tiempo” y *Sattelzeit*). Luego, se expuso el diagnóstico koselleckiano sobre la temporalidad moderna mediante el seguimiento de las mutaciones semánticas de los conceptos “historia”, “secularización” y “progreso”. De allí se extrajeron cuatro rasgos del paradigma del tiempo moderno: la irreversibilidad, la teleología, la secularización y la aceleración. Por último, se utilizó la hipótesis koselleckiana de la aceleración para analizar la experiencia del tiempo en la actualidad encontrando que este fenómeno no solo causa alteraciones al interior de la historia, al reducir los lapsos entre un acontecimiento y otro, sino que ha llegado a alterar también los ritmos naturales que se habían mantenido fuera del alcance humano. Esto último se puso en tensión mediante el concepto del Antropoceno, la nueva época geológica creada por las y los seres humanos, que hace patente la capacidad humana de modificar el tiempo geológico.

Palabras clave

Tiempo histórico, modernidad, aceleración, progreso, catástrofe, Antropoceno, tiempo geológico.

Abstract

The thesis first focuses on reconstructing the perspective Reinhart Koselleck had on the modern phenomenon described by him as acceleration, and how this phenomenon reduces the duration of social and political structures that had at one point the function of consolidating the *Space of Experience* emerging in modernity. Subsequently, the analysis provided by Koselleck is extended to contemporary times to show that the phenomenon of acceleration is still in force and, at present, has come to erode not only the conditions of possibility of historical time, but also the conditions of possibility of the life of the human species on the planet. For that, the tools provided by Koselleck are described to analyze modern times (Space of Experience, Horizon of Expectation, Sediments of Time, and *Sattelzeit*). Then, the Koselleck-type diagnostic about modernity is exposed, through the tracing of semantic mutations in the concepts of history, secularization, and progress. From there, four characteristics of the modern time paradigm are extracted: irreversibility, teleology, secularization, and acceleration. At last, the Koselleck hypothesis of acceleration is used to analyze the experience of time in contemporary times, finding that this phenomenon not only causes the alterations present in history (by reducing the time lapses between historic occurrences) but also has altered the naturally occurring periods that had been out of the human race's control so far, *e.g.* the alterations in the biosphere, that have happened at an industrial pace, that have deteriorated entire ecosystems. This last point was emphasized through the Anthropocene, a new geological epoch created by humanity that clarifies the human capability to modify the geological time scale.

Keywords

Historical time, modernity, acceleration, progress, catastrophe, Anthropocene, geological time scale.

Tabla de contenido

Resumen.....	3
Introducción	6
1. Herramientas para Pensar el Tiempo Histórico.....	11
1.1 Espacio de Experiencia y Horizonte de Expectativa.....	11
1.2 Los Estratos del Tiempo.....	17
1.2.1 <i>La Necesidad de la Historiografía en la Asimilación de la Experiencia</i>	21
1.3 El Sattelzeit	24
1.3.1 <i>Preliminar Metodológico</i>	25
1.3.2 <i>Las Características del Sattelzeit</i>	28
2. La Aceleración del Tiempo Histórico.....	31
2.1 Historie/Geschichte	31
2.1.1 <i>La Singularización de la Geschichte</i>	33
2.1.2 <i>La Temporalización de la Geschichte</i>	37
2.1.3 <i>La Democratización y la politización de la Geschichte</i>	38
2.2 La Secularización de la Historia y el Progreso	40
2.3 La Aceleración.....	45
2.3.1 <i>Las Consecuencias de la Aceleración</i>	50
3. El Futuro en Crisis	55
3.1 El Régimen de Historicidad Moderno en la Actualidad.....	56
3.2 La Aceleración en los Estratos del Tiempo	59
3.3 La Aceleración y el Antropoceno	63
Conclusiones	70
Referencias.....	74

Introducción

La primera noticia que tuve de la finitud del mundo fue cuando, a los nueve o diez años, me enteré, por una enciclopedia del periódico *El Tiempo*, de que el Sol ya había consumido una buena parte del hidrógeno que requería para su combustión. Luego de gastarlo por completo, decía la enciclopedia, su motor principal pasaría a ser el helio que, eventualmente, se extinguiría también conduciendo la estrella al colapso. La duda que me asaltó en ese momento fue si, dado ese hecho, nos quedaba poco tiempo a quienes habitábamos la Tierra. Entonces entré en angustia. Alguien —una profesora, quizás— me dijo que el Sol tenía una edad de cuatro mil quinientos millones de años y que lo que faltaba para que se acabara su hidrógeno era un tramo similar o, tal vez, mayor. De modo que la extinción de la estrella regente ocurriría cuando ya no quedaran rastros de nuestra existencia. Creía entenderlo, pero lo cierto es que una escala de tiempo como la del Sol excede los límites del entendimiento humano. Sin embargo, mi angustia cesó, pues pensé que eso debía ser preocupación de otros en el futuro. Ese fue uno de los primeros encuentros que tuve con la finitud de la vida en la Tierra; una finitud bordeada por una escala de tiempo que no nos pertenece: la del Sol. Este astro, con su propio ritmo, podría ser una de las causas detrás del fin de la vida en el planeta, pero, en todo caso, este hecho no se encontraba cerca.

A lo largo del pregrado se me hizo patente que la posibilidad de la extinción de la vida en la Tierra no era un problema lejano. Ecos de esa inquietud aparecieron en distintos espacios académicos. A través del seminario *El pensamiento de Donna Haraway*, que se ofertó en la licenciatura en 2019, me enteré de que la presa china *Tres gargantas* había generado una acumulación de agua tal que había afectado el eje de inclinación de la Tierra (al que le debemos, en parte, la temperatura media del planeta). Ese ejemplo hacía manifiesta nuestra capacidad de provocar el colapso de las condiciones que generaron la vida humana. Luego llegó la pandemia del COVID-19, que por su urgencia se mostró como el signo más notorio de los eventos catastróficos que vienen anunciándose desde hace ya varias décadas. La sexta extinción masiva, el derretimiento de los casquetes polares, las sequías que con saña azotan al continente africano amenazando su soberanía alimentaria¹, entre otros, hacen parte del conjunto de síntomas de la crisis ambiental que pone en riesgo nuestro futuro en la Tierra. Esta vez, la extinción de la vida en el planeta, no solo está en manos de fenómenos astronómicos y geológicos ajenos a nuestro control, también está en nuestras

¹ Esto es lo que dice el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF en inglés) al respecto: [Confronting the environmental causes of Africa's food crisis | WWF](#).

manos. La actividad humana misma se ha transformado en un agente que puede precipitar (acelerar) el fin de la vida en la Tierra.

Dicho lo anterior, el tema que me ocupa en esta monografía es la capacidad que tiene la humanidad de fulminar las condiciones de posibilidad de la vida en la Tierra. La perspectiva que elegí para abordar este tema es la del historiador alemán Reinhart Koselleck (1923-2006), quien propone una crítica al proyecto moderno que engendra la idea de progreso y, al mismo tiempo, la posibilidad de la catástrofe. Koselleck fue un catedrático de Teoría de la historia de la universidad de Bielefeld conocido por consolidar la corriente historiográfica de la *Begriffsgeschichte* (historia conceptual). Me decanté por este autor dado que llamó mi atención su crítica a la teleología y al progreso modernos.

La noción de progreso moderna que ha llevado a la humanidad a innovaciones a nivel político y tecnológico tiene un lado cuestionable. Esta ha jugado un papel central en el estado crítico que vivimos hoy en el que nos enfrentamos ante la imposibilidad del futuro. Koselleck construye un diagnóstico sobre la época moderna en el que se destaca su vínculo con el progreso y la catástrofe. El análisis koselleckiano sobre la modernidad parte del seguimiento a la semántica de los conceptos² que registraron y provocaron los cambios políticos y sociales anejos a la disolución del mundo estamental. Este quiebre ocurrió en los intersticios de la Ilustración y la Revolución Industrial, un periodo que va de 1750 a 1850 denominado como el *Sattelzeit*³. De acuerdo con Koselleck, ese es el periodo en el que inicia la modernidad y los desplazamientos semánticos ocurridos allí son una muestra de ello.

Lo que caracteriza al *Sattelzeit* es una experiencia temporal inédita en la que el pasado (la experiencia vivida) y el futuro (la experiencia que está por venir) se escindieron. Las experiencias

² Para Koselleck, los conceptos son el medio de registro de las experiencias y expectativas de una comunidad de hablantes, o, en otras palabras, son la herramienta que emplean los contemporáneos de una época para darle sentido (uno que solo es atribuible al lenguaje) a sus vivencias. Por ese motivo son la fuente utilizada por la historia conceptual.

³ Koselleck alude a la Revolución francesa y a la idea de progreso que surgió con ella para justificar la elección de dicho periodo que va de 1750 a 1850. Sin embargo, Elías Palti (2018) sostiene que la hipótesis del *Sattelzeit* no “alcanza aún a explicar cómo pudo producirse semejante quiebre conceptual” (p. 25), esto es, no da cuenta de los procesos que estuvieron detrás del gran cambio semántico que propone. Con el *Sattelzeit*, se postula un marco homogéneo que ignora cambios conceptuales que pudieron darse con anterioridad y que ayudaron a configurar el espíritu revolucionario y técnico del umbral koselleckiano de la modernidad. Según Palti (2018) hubo un periodo inflexión anterior situado en el barroco (1550-1650) en el que emergió el campo de lo político. Este último entendido como la fuente externa de la que proviene la unidad de una sociedad.

del pasado perdieron la capacidad pedagógica de orientar a la población moderna y esto ocurrió por el proceso de secularización que descubrió un futuro abierto en el que se podría dar solución a los problemas de la humanidad. Antes de la secularización, el círculo que caracterizaba la temporalidad griega se había roto por la invención de la expectativa judeocristiana. El tiempo se había convertido en un curso lineal direccionado hacia una meta supraterrrenal, o, lo que es lo mismo, el tiempo había adquirido la cualidad de ser teleológico.

Con la secularización, la expectativa cristiana situada en el más allá se agotó y el futuro dejó de comprenderse como aquello situado fuera de la historia. Esto convergió con la mutación de la carga semántica del concepto de “progreso” (paso hacia adelante) que contribuyó a delimitar un único curso, pero esta vez orientado hacia una expectativa temporalizada. Dado que el “progreso” fue concebido en la modernidad como un movimiento hacia el frente, el tiempo adquirió la cualidad de ser irreversible. Cualquier recurso posible a las tradiciones premodernas era no solo inútil, sino mal visto, pues el “progreso” ordenaba la superación del pasado. La única vía posible fue la de seguir a tientas hacia el futuro para transformar lo conocido, con la esperanza de que ello redundara en la solución de los problemas de la humanidad. La carrera emprendida por la población moderna para alcanzar el “progreso” derivó en el fenómeno de la aceleración, a saber, el acortamiento de los periodos de duración de las transformaciones sociales, políticas y tecnológicas en circunstancias normales. Esta última se puso en marcha a través de las revoluciones modernas que prometían conducir a la población a buen puerto, mediante saltos históricos, omitiendo tránsitos engorrosos que tardarían generaciones enteras.

La aceleración del tiempo histórico es el elemento del análisis koselleckiano que resulta central para esta monografía, ya que su alcance y sus consecuencias hacen parte de la inquietud que me ocupa. En el texto *Aceleración, prognosis y secularización* (2003) Koselleck afirma que el fenómeno de la aceleración, emergente en el *Sattelzeit*, desplazó las premisas que orientaban a la población premoderna en términos políticos, sociales y tecnológicos. Sin embargo, las nuevas instituciones y estructuras modernas que pasarían a reemplazar las anteriores nunca lograron solidificarse. Esto dio como resultado una experiencia de desadaptación a la que se enfrentaron las generaciones del periodo moderno, que fueron incapaces de “seguirle el paso” a las transformaciones anejas a las revoluciones francesa e Industrial.

Los vapores de la revolución Industrial nos han conducido al deterioro de nuestra atmósfera terrestre. Si bien esa no es la única consecuencia de la aceleración, sí es la más aterradora, pues nos hace conscientes de los efectos que la humanidad es capaz de producir sobre las condiciones de posibilidad de la vida en la Tierra. Con la modificación que hemos propiciado sobre las condiciones del sistema terrestre que posibilitan la vida en el planeta, como el efecto invernadero, la biodiversidad, la capa de ozono, la inclinación del eje de la Tierra, entre otras, hablamos del colapso no solo de la historia en el tiempo futuro y de la civilización humana, sino de la humanidad como especie y, probablemente, de otras especies que también se extinguirían con la nuestra.

El fenómeno de la aceleración, que desde la óptica koselleckiana, fue planteado para analizar la aceleración del tiempo histórico, puede extenderse para explicar las transformaciones que la humanidad ha propiciado sobre otros tiempos que exceden al histórico. Esta es la inquietud principal que guio a este trabajo monográfico y por la que propuse el recorrido que, en seguida, lectores y lectoras transitarán. ¿Acaso la aceleración, además de alterar el tiempo histórico, estaría modificando los tiempos de la naturaleza que posibilitan nuestra propia existencia? Esta preocupación, que va más allá del análisis koselleckiano, me llevó a un concepto adicional: el del Antropoceno. Mediante su uso se pone bajo el reflector otra escala de tiempo, la geológica, y se pregunta por el papel de la humanidad en la aceleración de los ciclos naturales de los que depende la época geológica en la que emergimos como especie.

Para dar respuesta a estas preocupaciones se estructuraron las siguientes páginas así: en el primer capítulo, se describieron las herramientas metodológicas y teóricas que Koselleck propuso para el análisis de la temporalidad moderna (“espacio de experiencia”, “horizonte de expectativa”, “estratos del tiempo” y *Sattelzeit*). En el segundo, se expuso el diagnóstico koselleckiano de la modernidad mediante el seguimiento de las transformaciones de la carga semántica de estos tres conceptos (“historia”, “secularización” y “progreso”). Con ello se delimitó el paradigma del tiempo moderno y se propuso la aceleración como su característica central. Al final, en el tercer capítulo, se estudió la manera en que el fenómeno de la aceleración se presenta contemporáneamente afectando al tiempo histórico, de una parte, y de otra, afectando la escala geológica del tiempo en la que reposan las condiciones de posibilidad de la vida en la Tierra.

Antes de iniciar el camino propuesto en la monografía es importante que el lector o lectora sepa que las descripciones y argumentos que se encuentran en estas páginas están enmarcados en la

óptica koselleckiana. De manera que, las alusiones a las revoluciones francesa e Industrial, a las filosofías de la historia ilustradas y al Idealismo alemán se hacen en el marco de la recepción que Reinhart Koselleck hizo de estos acontecimientos y corrientes filosóficas, no porque se haya realizado la consulta de esas fuentes directamente.

Adicional a ello, he de admitir que conozco algunas de las críticas a la noción del *Sattelzeit*, de donde parte el diagnóstico koselleckiano sobre la modernidad. Pese a ello, he decidido acogerme a ella en calidad de anticipación teórica o hipótesis que orienta el análisis sobre la modernidad. No ha sido objeto de esta monografía abordar las críticas al periodo seleccionado por Koselleck para hablar de la ruptura entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa que dio lugar al mundo moderno. Tampoco lo ha sido el reconstruir la glosa que se desprende de los análisis sobre la aceleración del tiempo histórico de Koselleck. Apenas menciono dos de sus receptores, François Hartog y Hartmut Rosa, en calidad de lectores de su obra y en la medida en que secundan algunos de sus planteamientos; de sus críticas o desviaciones no me ocupo en este trabajo.

1. Herramientas para Pensar el Tiempo Histórico

Este capítulo se ocupa de describir las herramientas heurísticas que emplea Reinhart Koselleck para pensar el tiempo histórico. Al decir esto se hace referencia a los artefactos construidos por el historiador o historiadora para poner bajo la lupa los acontecimientos históricos. Estas herramientas no hacen parte del arsenal de conceptos propios de los contemporáneos de la época que se pretende analizar, son categorías que se acuñan desde el método histórico para elaborar hipótesis explicativas sobre lo que pudo haber sucedido.

Teniendo en cuenta lo anterior, este capítulo se divide en tres apartados. En el primero se exponen el “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativa”; dos categorías que funcionan como una anticipación formal de las historias posibles. Ninguna experiencia histórica se da fuera de las experiencias, que reúnen aquello del pasado que se hace presente, y las expectativas, que traen al presente las proyecciones de futuro. En segundo lugar, se presenta la metáfora de los “estratos del tiempo” como aquella representación de la temporalidad histórica que hace patente su multiplicidad. A través de ella se muestra la interacción entre sincronía y diacronía; acontecimientos y estructuras; o, unicidad y repetición, que hacen del tiempo histórico un constructo heterogéneo. En tercer lugar, se presenta la categoría *Sattelzeit*, instrumento mediante el cual el historiador alemán tematiza la temporalidad moderna. El recorrido que el lector o lectora seguirá en este capítulo va de las categorías más abstractas, que nos permiten entender la articulación pasado, presente y futuro de cualquier época y espacio geográfico, a la concreción del *Sattelzeit* que da cuenta de una imbricación temporal particular: la moderna.

1.1 Espacio de Experiencia y Horizonte de Expectativa

La historia, afirma el historiador alemán Reinhart Koselleck (2001), “trata directa o indirectamente, de experiencias, propias o de otros” (p. 50). El ejercicio historiográfico implica la elaboración de una hipótesis que explique los acontecimientos que han sido experimentados por una comunidad. Dicha hipótesis no responde a la pregunta por lo que pasó *in actu* (mientras estaba en curso), pero cumple con la función de volver inteligible la narración sobre lo acontecido. Siguiendo a Koselleck (2013), para llegar a esto, el historiador o historiadora debe “transponer las experiencias otrora primarias de los actores de una historia en una ciencia secundaria” (p. 101). Paso a paso, el ejercicio historiográfico consiste en: “analizar esas experiencias primarias y sus fuentes” (p.101) para luego derivar “los modelos explicativos que han de hacer cognoscibles las

estructuras complejas de una historia pasada” (p. 101). Estos modelos explicativos no son una verdad preexistente que organiza la narración histórica, son una ficción que se construye después de que la historia efectiva se consuma. De acuerdo con lo anterior, el historiador o historiadora tiene dos tareas, la primera es analizar las percepciones de las vivencias de los agentes que participaron en los acontecimientos y los prejuicios que las delimitaron. Dicha labor se hace a través de la recuperación de los conceptos que utilizaron las y los oriundos de la época que se pretende analizar; este es el nivel de las fuentes. La segunda, es construir la verdad de la historia *ex post*, mediante categorías que no hacen parte del acervo de experiencia de los involucrados en los acontecimientos pasados, sino que son categorías creadas por el historiador o historiadora para alumbrar procesos de cambio y permanencia que *in actu* no se pueden recuperar, sino solo diacrónicamente.

Entre las herramientas *ex post* acuñadas por Koselleck destacan por su valor heurístico “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”, categorías que cumplen con la función de tematizar el tiempo histórico, esto es, la imbricación entre pasado, presente y futuro. Para empezar, el espacio de experiencia es el pasado hecho presente. Como metáfora sugiere la imagen del espacio como un contenedor cerrado en donde se alojan los saberes legados por generaciones pasadas, que gradualmente hemos ido incorporando a nuestra propia existencia. Para Koselleck (1993), “Tiene sentido decir que la experiencia procedente del pasado es espacial, porque está reunida formando una totalidad en la que están simultáneamente presentes muchos estratos de tiempos anteriores, sin dar referencias de su antes ni de su después” (p. 339). Esto quiere decir que el espacio de experiencia reúne en el presente saberes de tiempos pasados de manera simultánea⁴. De modo que, una generación puede orientarse por principios de mil años de antigüedad, así como por aprendizajes de experiencias ocurridas en el último lustro; todo ello al mismo tiempo.

Por otra parte, el horizonte de expectativas es un futuro hecho presente. El uso metafórico del horizonte conduce a imaginarse una línea cuyo final no se vislumbra. “Horizonte quiere decir aquella línea tras de la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de experiencia aunque aún no se puede contemplar” (Koselleck, 1993, p. 340). El futuro, en este caso, no se puede experimentar

⁴ Esta característica del “espacio de experiencia”, a saber, la de albergar experiencias provenientes de distintos momentos históricos, es tematizada por Koselleck a través de la característica de la “simultaneidad de lo no simultáneo”. Lo que se señala mediante la “simultaneidad de lo no simultáneo” es la coincidencia de manera sincrónica de contenidos que diacrónicamente son dispares. Depende de cada comunidad el valor que se otorga a cada contenido experiencial de acuerdo con su grado de antigüedad.

porque la única manera que tenemos las y los seres humanos de traerlo al presente es a través de la imaginación. Tenemos una relación con el futuro a través de nuestros sueños, angustias, deseos o pronósticos, en todos estos casos mediante un ejercicio mental, no fáctico. Ahora bien, las experiencias futuras que llegan a darse no se vivencian de manera simultánea, sino que se organizan de manera sucesiva. Mientras que el *pasado presente* nos remite a la concomitancia de los acontecimientos, el *futuro presente* nos remite a la suma aditiva de acontecimientos nuevos, del más primitivo al más avanzado: del caballo al ferrocarril.

Siguiendo a Koselleck (1993), el “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativa” son categorías formales que no tienen ningún contenido histórico aunado a ellas, pues su función consiste en “perfilear y establecer las condiciones de las historias posibles, pero no las historias mismas” (p. 335). Dado lo anterior, se puede afirmar que estas categorías tienen un carácter metahistórico pues son una anticipación teórica o un marco interpretativo en el que reposa la inteligibilidad de cualquier historia concreta. Este par categorial tiene un grado de abstracción tal que permite explicar la tensión entre cambio y permanencia (o entre pasado y futuro) de las historias singulares. En cada caso particular, el tiempo presente funciona como el punto cero desde el cual se puede lanzar una mirada retrospectiva hacia el pasado y una mirada prospectiva hacia el futuro. Dado que el presente tiene caducidad, cada que este cambia, el pasado y el futuro se reelaboran. Cada tiempo presente ofrece una perspectiva distinta sobre su pasado y sobre su futuro.

El pasado reunido en el “espacio de experiencia” está en constante movimiento, este puede expandirse cuando las y los contemporáneos de una época deciden asimilar las experiencias que son lo suficientemente importantes como para ser recordadas, con el fin de enriquecer su “espacio de experiencia”. También puede ocurrir lo contrario y es que el olvido cumpla con su parte derivando en la desaparición de experiencias que ya no estarán disponibles para una generación. Dado lo anterior, en cada nuevo presente desde el que se decide tematizar el pasado, surgen nuevas maneras de articular las historias mediante las cuales se narran los acontecimientos pretéritos. Esto ocurre por la distancia entre los acontecimientos que están en curso (*in actu*) y las narraciones que produce la historiografía con posterioridad. Siguiendo a Koselleck (2013), la “diferencia entre aquella historia que se transforma realmente de modo permanente de situación en situación y aquella que se establece o fija provisoriamente por procedimientos científicos [...] se reproduce de nuevo en forma permanente” (p. 102). Por eso desde cada nuevo presente la diferencia vuelve

a reabrirse e intenta subsanarse mediante una nueva narración histórica que reconfigura el pasado y el futuro.

Con las expectativas pasa lo mismo, cada tiempo presente dibuja sus propias proyecciones. De acuerdo con Fernández Sebastián (2022), las visiones del futuro se ven “condicionadas en su día por aspiraciones, desasosiegos, aprensiones, conocimientos y necesidades de sus respectivos autores” (p. 225). Los futuros que cada sociedad imagina desde su presente están circunscritos dentro de los límites de una capacidad imaginativa que depende de cada época. Por ejemplo, en la Alta Edad Media se pensaba que lo que estaba delante del tiempo presente era el advenimiento de Cristo. Por lo tanto, la expectativa de los medievales se ubicaba en un horizonte suprahistórico. Mientras llegaba la Parusía, las proyecciones que se proponían en la Alta Edad Media para lo que estaba por venir en la Tierra no abarcaban más que una generación. Según Lucian Hölscher (2014), “la mirada anticipatoria podía abarcar un espacio de pocos decenios (medidos con los modernos patrones del tiempo), o en todo caso de un siglo, el presente *saeculum*, que a la vez señalaba el límite extremo de este mundo terrenal” (p. 28). Esto ocurría porque los contemporáneos de esa época consideraban que estaban ocupando el último tramo de tiempo antes del fin del mundo. Qué se encontraba después del fin del mundo: la eternidad. En contraste, los modernos orientaron su “horizonte de expectativa” hacia el futuro, entendido como “un espacio temporal vacío que cabía llenar con los acontecimientos y las representaciones mentales que se creyera oportuno” (Hölscher, 2014, p. 38). Así, el futuro ocupó un lugar histórico que sería llenado con los acontecimientos que llevarían a la humanidad al progreso. Ambos casos son una muestra de que a medida que el tiempo transcurre y el nuevo presente toma el lugar del anterior, las expectativas imaginadas cambian.

Reinhart Koselleck allanó el camino para tematizar las tensiones entre permanencia y cambio que experimenta cada generación a través del espacio de experiencia y el horizonte de expectativa. En el Medioevo, como ya se mencionó, se privilegió la continuidad, por ello, era imposible concebir un “horizonte de expectativa” diferente. En cambio, en la modernidad, el cambio tuvo mayor relevancia, por lo que la tradición perdió protagonismo. François Hartog, como receptor de Koselleck, ha complementado el análisis del historiador alemán a través de la herramienta heurística del “régimen de historicidad”. A través de esta, historiadores e historiadoras serían capaces de interrogar la manera en la que una comunidad organiza su experiencia de tiempo dándole sentido y asignándole una función al pasado, el presente y el futuro. Según el historiador

francés, el “régimen de historicidad” “se propone arrojar luces sobre [...] los tipos de distancia y los tipos de tensión” (Hartog, 2007, p. 39) que cada comunidad crea entre pasado, presente y futuro cuando esta deja de ser evidente. Es decir, cuando no hay claridad sobre cómo una sociedad le da sentido a su experiencia histórica, ni sobre cuál es la dimensión (pasado, presente, futuro) que orienta su experiencia de tiempo.

Con el fin de exhibir la utilidad del “régimen de historicidad” a la hora de dar claridad sobre la experiencia del tiempo en momentos críticos, es pertinente traer al texto un ejemplo latinoamericano. Mientras que en Europa el tránsito del Medioevo y el Antiguo Régimen a la modernidad implicó la superación del pasado absolutista, el caso neogranadino de finales del siglo XVIII y principios del XIX muestra otro tipo de comportamiento. Con el fin de progresar y llevar a buen puerto la revolución independentista, la población neogranadina se encontró con una paradoja: para poder construir una República que superase las injusticias del régimen monárquico, tuvo que seguir recurriendo a la tradición. Así, mientras en Europa el horizonte de expectativa dejó de ser legible en el pasado, en la Nueva Granada se recurrió a la tradición para preservar el orden y el arraigo. A continuación se expone el caso.

La experiencia de la temporalidad de los neogranadinos durante las postrimerías del siglo XVIII fue, sobre todo, conservadora. Siguiendo a Ortega (2020), las experiencias de tiempo construidas por los actores de esa generación estaban influenciadas por las tendencias políticas del momento. Del final del dieciocho hasta los instantes previos a las abdicaciones de Bayona se tenía una experiencia del tiempo virreinal anclada a las costumbres provenientes del monarca. Era un tiempo “estrictamente reglado, el de la costumbre” (p. 197), tanto así que, uno de los juristas más sobresalientes de la época, Felipe Vergara y Caicedo, afirmaba que quien se aleja de la costumbre “[engendra escándalos] porque manifiesta desconfianza de la autoridad suprema del legislador” (Vergara en Ortega 2020, p. 197). De modo que subvertir la ley consuetudinaria, que delimitaba el “espacio de experiencia” neogranadino de entonces, era una amenaza a la estabilidad de una experiencia política posibilitada por la tradición monárquica. En este caso, el pasado era la dimensión del tiempo que guiaba la experiencia neogranadina.

Ocurre lo contrario cuando las noticias de las abdicaciones de Bayona llegan a oídos neogranadinos, pues esa parecía ser la oportunidad de subvertir el *statu quo*. En ese momento, el ramillete de expectativas optimistas sobre el porvenir en el territorio grancolombiano indicaba un

momento político de transformación importante. De acuerdo con Ortega (2015), desde “los primeros momentos de la crisis política los protagonistas americanos reclamaron estar viviendo un tiempo nuevo, azaroso y de cambio” (p. 337). Pese a esa sensación de incertidumbre, la postura de la población neogranadina frente a este tiempo que estaba por llegar fue cándida en el período que va de 1821 a 1824, pues allí “pareció que el orden republicano lograría consolidarse y colmar las expectativas generalizadas” (p. 337). El nuevo “horizonte de expectativa” consistía en superar lo planteado por el esquema monárquico mediante las claves que implicaba la constitución de la República. Hasta aquí, la dimensión del futuro dirigía la toma de decisiones de la población neogranadina y lo que podía preverse era formidable toda vez que “la racha de victorias bolivarianas a partir de 1819 y la rápida edificación de una institucionalidad republicana fundamentaron la sensación de un destino grandioso” (Ortega, 2020, p. 200). Este viraje al futuro marcó la experiencia neogranadina durante la emergencia de la República.

El optimismo que marcó ese periodo no tardó en desvanecerse. Siguiendo a Ortega (2020), el incumplimiento del pago de la deuda en Londres a finales de la segunda década del siglo XIX y “el tiempo azaroso de las guerras pronto dio paso a un tiempo precario que caracterizará los primeros cincuenta años de la vida republicana” (p. 201). Los proyectos políticos contradictorios caracterizaron la experiencia de una temporalidad inestable. En ocasiones aparecían en escena propuestas conservadoras para lograr consolidar la incipiente República, que paradójicamente, perseguía la libertad y el progreso.

El régimen republicano era la forma de gobierno que superaría la crisis causada por la subversión del orden monárquico. Esta, en su acepción romana es la respuesta a “una experiencia comunal del tiempo que ha perdido su punto fijo” (p. 202). Para forjar un nuevo punto de anclaje, las repúblicas emergentes, requieren de la virtud cívica de un pueblo que sea capaz de construir sus nuevas leyes y de acogerse a ellas, mientras cuida el bien común. El pueblo debe hacer las veces de “fundamento de la legitimidad” (p. 202), “agente de emancipación política” (p. 202) y “categoría de administración y control” (p. 202). Todo ello en un pueblo de papel que no tenía punto de comparación con la población neogranadina. Para “los mismos americanos republicanos entusiastas, el pueblo no era virtuoso” (p. 203). Por ello, la élite debía intervenir e imponer medidas conservadoras para evitar que el mismo pueblo acabara con el orden social.

Dichas intervenciones hacen patente la precariedad de la experiencia de tiempo de las y los neogranadinos de entonces, quienes se sumergieron en una tormenta de soluciones políticas contradictorias. Verbigracia, la propuesta de Bolívar de una presidencia vitalicia en Bolivia que diera orden y estabilidad a un pueblo disperso, o las proposiciones de una moral para una “sociedad con gran necesidad de producir y sentir la cohesión y orden en un cuerpo social siempre amenazado por la inminente disgregación” (Ortega, 2020, p. 214). Ambas son apuestas conservadoras que buscaban dotar de principios a un pueblo republicano que carecía de ellos y que se veía obligado de reciclar antiguas formas, para no perder el control. Debido a la existencia de ideas de futuro en las que el progreso y el conservadurismo comulgaban, afirma Francisco Ortega, que el “régimen de historicidad” de esa generación de neogranadinas y neogranadinos fue precario, pues la hibridación de la tradición con la innovación dio paso a un tiempo estéril.

Hasta aquí, el ejemplo del régimen de historicidad “precario” que propone Francisco Ortega para la Nueva Granada nos conduce a dos conclusiones. La primera, que esta herramienta heurística fue útil para esclarecer la experiencia histórica de un periodo crítico en el que el progreso y la conservación coincidieron como parte del mismo “horizonte de expectativa”. La segunda, que el tiempo histórico no siempre es una ruptura entre experiencia y expectativa o entre continuidad y cambio. Esto solo es una característica propia de experiencia temporal moderna (según el relato ilustrado). De acuerdo con esta versión, en la modernidad europea el pasado quedó sepultado, por lo que la alternativa estaría ubicada en un futuro prometedor.

Dicho esto, se da paso al siguiente acápite, en él se expone la estrategia teórica adoptada por Koselleck para mostrar una representación del tiempo múltiple. Se trata de los “estratos del tiempo”, una metáfora para representar al tiempo histórico que va más allá de la linealidad, supuesta por el relato ilustrado, cuando afirma que la Modernidad debe ser entendida como la ruptura o discontinuidad entre la experiencia y la expectativa.

1.2 Los Estratos del Tiempo

La expectativa no es la sucesora de la experiencia en un tránsito lineal, ambas pueden traslaparse. A través de los “estratos del tiempo” se refuerza este planteamiento inicial, pues es una alternativa que supera la disyuntiva entre la unicidad y la repetición al mostrar distintos sedimentos de tiempo con duraciones diferentes —algunos con la duración corta de un acontecimiento y otros con la duración de una estructura— que se implican entre sí y originan el movimiento histórico. El

propósito de esta exposición es orientar al lector o lectora sobre la representación estratificada del tiempo que construye Koselleck, en la que destaca su cualidad heterogénea al hacer énfasis en la relación existente entre el cambio y la permanencia (entre acontecimientos y estructuras).

El historiador alemán Reinhart Koselleck recurre a la estratigrafía, un concepto propio de la geología para explicar el tiempo histórico, puesto que este último, “solo es susceptible de elucidación mediante tropos espaciales” (Oncina, 2021a, p.136). El ser humano no es capaz de producir una imagen mental que corresponda al tiempo, por ello debe acudir a la función de la metáfora, a través de la cual traslada el lenguaje, y en este caso concreto, las imágenes de la geología, para hacer comprensible la categoría del tiempo. Esta fue la vía por la que optó Koselleck buena parte de su trayectoria académica. Para la muestra de un botón, está la metáfora de los “estratos del tiempo”. A través de ella, el historiador alemán lleva el lenguaje de la geología a la teoría de la historia con el propósito de explicar la pluralidad del tiempo histórico. Sobre esto afirma: “a la manera de su modelo geológico, ‘los estratos del tiempo’ (*‘zeitschichten’*) remiten a planos temporales (*Zeitebenen*) de distinta duración y origen que existen y actúan simultáneamente” (Koselleck, 2020, p. 119). Esta imagen estratificada del tiempo histórico nos sugiere que este no es unidimensional, como lo indican la imagen cíclica del tiempo grecolatino y la imagen lineal del tiempo judeocristiano. “La estratigrafía implica [...] superar la dicotomía iteratividad *cíclica*/irreversibilidad lineal” (Oncina, 2021a, p. 139) al ser una propuesta conciliadora que comprende al tiempo histórico como la dinámica entre permanencia (ciclo) y cambio (teleología).

Dicho esto, a través de la herramienta de los “estratos del tiempo”, Koselleck (2001) busca dar cuenta de tres niveles de experiencia en los que se mueven los sujetos. En primer lugar, está la experiencia de la unicidad, en donde los acontecimientos son vividos “como sorprendentes e irreversibles, de lo que cualquiera tiene experiencia en su propia biografía” (p. 36). Aquí están las vivencias que rompen con el esquema de la cotidianidad y, en esa medida, son valoradas como la superación del “espacio de experiencia” dado. En otras palabras, cada experiencia de lo insólito es valorada como progreso (como un paso que se da hacia adelante). En este nivel el cambio histórico se vive como una ruptura con la tradición, un ejemplo de ello podría ser la primera vez que gana las elecciones presidenciales una mujer en México (acontecimiento que tuvo lugar el 03 de junio del 2024). Este acontecimiento no tiene vuelta atrás, de modo que es irreversible y no había sido

experimentado por ningún mexicano previamente, así que es calificado como un momento coyuntural, en el que se ha dado un cambio de experiencia a corto plazo.

En segundo lugar, están las experiencias que se repiten. De acuerdo con Koselleck (2001), estas “son el resultado de un proceso de acumulación en la medida en que se confirman o se asientan corrigiéndose entre sí” (p. 50). En este nivel se encuentra la impronta compartida por una generación en la que se circunscriben “umbrales y plazos de experiencia que, una vez institucionalizados o superados, establecen una historia común” (p. 52). En términos de duración, estas experiencias se extienden en un mediano plazo, mientras la generación se mantiene, y, posteriormente, se desvanecen. Las generaciones, entendidas como unidades sociales, están basadas en la idea de que “toda vida individual está marcada por la diferencia temporal entre los padres y los hijos” (p. 51). De esa diferencia temporal se desprende también la distancia que hay entre el reservorio de experiencias del viejo y del joven que conviven en una misma época, pues “cada generación será capaz de procesar una cantidad finita de experiencias” (Svampa, 2017, p. 164). Esto quiere decir que, las constelaciones de experiencias de los padres y los hijos nunca coincidirán plenamente, pues de un lado o de otro, se dispone de una mayor o menor cantidad de experiencias. Por ejemplo, la generación de mujeres mexicanas que participaron en el movimiento independentista del siglo XIX no vivió la experiencia de tener a la primera mujer presidenta de México y es probable que esto tampoco haya hecho parte de su “horizonte de expectativa”. Cuando a Claudia Sheinbaum se sumen otras mujeres que sean presidentas de México, y esta sea una experiencia recurrente, entonces se podrá decir que se ha logrado una transformación en la visión política a mediano plazo. Esto es así porque, una forma de gobierno como la democracia moderna, que hasta ahora solo había dado como resultado la elección de varones en México para la presidencia, se habría transformado en una forma de gobierno que también acepta como mandatarias a mujeres.

En tercer lugar, están las experiencias intergeneracionales, es decir, aquellas experiencias que son trascendentes en la medida en que “rebasan los límites de las generaciones presentes” (Koselleck, 2001, pp. 41-42) y han logrado ser comunicadas a lo largo de varias centurias. En términos de duración, estas experiencias abarcan el largo plazo. De acuerdo con Koselleck (2001), se trata de “depósitos de experiencia que estaban disponibles *antes* de las generaciones contemporáneas y que seguirán actuando muy probablemente *tras* las generaciones contemporáneas” (p. 41). En el plano

cultural, las cosmovisiones, las actitudes religiosas, los valores, las mentalidades, el lenguaje y las leyes, por exponer algunos casos, son experiencias comunes para todos los seres humanos.

Los tipos de experiencia que se acaban de reseñar están inscritos en el plano temporal, esto quiere decir que han tenido un comienzo y tendrán un final que se puede situar históricamente. Sin embargo, hay otro nivel de experiencias a largo plazo que está inscrito en un nivel metahistórico, es decir, que está fuera del alcance de la manipulación histórica. Estas experiencias son anteriores a la experiencia histórica en la medida en que funcionan como condiciones de posibilidad de toda historia posible. Siguiendo a Koselleck (2020), a “esa categoría pertenecen todas las condiciones geográficas y climáticas, además de la geología, sobre las cuales los hombres pueden influir sin dominarlas completamente. Eso nos conduce a aquellos presupuestos naturales que posibilitan nuestra experiencia antropológica del tiempo” (p. 121). Algunos ejemplos de estas constantes metahistóricas que modulan nuestra experiencia temporal son: “el reloj biológico, al cual nuestro cuerpo se halla constreñido” (p. 121) y “el instinto sexual esencial para la reproducción de cada generación situada entre el nacimiento y la muerte” (p. 121). Lo interesante de estas precondiciones de la experiencia histórica es que, si bien no están a entera disposición de los seres humanos, estas sí son moldeadas culturalmente, cambiando los ritmos naturales en los que se replican estas constantes, como cuando el sexo se intensifica por la mediación del deseo o la muerte se acelera por la mediación de motivos de tipo político.

Una vez expuestos los tres niveles de experiencia de manera independiente, hace falta hacer énfasis en su imbricación. Koselleck (2001, 2013) alude al ejemplo de la esquila mortuoria para explicar la interacción obligada entre los acontecimientos y las estructuras iterativas. De acuerdo con el autor, la carta que anuncia el fallecimiento de un ser querido (la experiencia de la novedad) solo puede llegar a su destinatario gracias a unas estructuras ya conocidas que se siguen repitiendo, como los horarios de atención de la oficina postal, el contrato del cartero, el presupuesto destinado a la prestación del servicio, etc. Este caso hace patente cómo las estructuras iterativas de mediano plazo sirven de sustento y permiten el desarrollo de cada historia individual. O en otras palabras, cómo tiene lugar la novedad en el marco de lo ya conocido. Pero no solo las estructuras de mediano plazo son necesarias para que la carta llegue a su destinatario. El mensaje requiere de un depósito de experiencia para poder ser emitido y recibido: la lengua. Sin una sintaxis y una semántica de común acuerdo, la posibilidad de comunicar la muerte de un familiar sería imposible.

Allende a las estructuras que sostienen a los acontecimientos hay otras regularidades que garantizan la vida humana y, por extensión, las experiencias históricas. Se trata de factores metahistóricos dentro de los que están las constantes antropológicas y biológicas, así como de factores astronómicos, geológicos y geográficos de los que depende la experiencia temporal en el corto, medio y largo plazo. No habría ninguna experiencia histórica si, verbigracia, la reproducción de la especie, que es una constante biológica, se viera interrumpida. Por su parte, si factores metahistóricos, como la geografía y el clima, se vieran manipulados excesivamente, sería imposible la supervivencia de la humanidad como especie. En conclusión, la estabilidad de las estructuras de repetición inscritas en el plano histórico garantiza la posibilidad del movimiento histórico. La estabilidad de las estructuras metahistóricas garantiza no solo la posibilidad de la experiencia histórica, sino la de su propia existencia como especie.

1.2.1 La Necesidad de la Historiografía en la Asimilación de la Experiencia

Cada generación busca asentar las experiencias que representan un aprendizaje y que son dignas de ser recordadas. Ese paso se garantiza a través de la escritura de la historia del acontecimiento que evocó las experiencias que deberían ser asimiladas y repetidas por los contemporáneos de una época. De acuerdo con Koselleck (2001), aquí “reside el lugar histórico de los métodos historiográficos” (p. 58), pues es a través de ellos que se da el salto de la experiencia histórica a la historia escrita. Con ello se busca recuperar las experiencias que se perderían de no ser porque son tamizadas mediante algunos métodos propios de la ciencia histórica. Siguiendo al historiador alemán (2001), existen tres tipos de método que sirven para verter al lenguaje historiográfico las experiencias a corto, medio y largo plazo. Estas son respectivamente: el registro (pp. 57-62), la continuación (pp. 63-68) y la reescritura de la historia (pp. 68-82).

En primer lugar, el registro de la historia es el método que recupera las experiencias a corto plazo. Siguiendo a Koselleck (2001), este es el punto en el que se analizan las fuentes primarias, provenientes del testigo, que permitirían recolectar los datos necesarios para contestar dos interrogantes: “¿qué ocurrió y cómo se llegó a ello?” (p. 58). Solo mediante el recurso a esas dos preguntas “la experiencia única sobrevive a su causa y puede traducirse en conocimiento” (p. 58). Es claro que recuperar el acontecimiento implica tener la posibilidad de contrastarlo con las estructuras de repetición que lo posibilitaron, solo así es posible dar cuenta del aspecto único de cada suceso. Para ello, es necesario hacer uso de la continuación de la historia. Este método es

capaz de recuperar las experiencias asentadas a mediano plazo. De acuerdo con el autor de *Los estratos del tiempo* (2001), mediante la continuación, “la historia se monta en un plano superior” (p. 64), pues la historia de un acontecimiento particular se comprende como una de las mimbres que conforman el tejido de la historia global. Aquí el historiador o historiadora es consciente de que hay distintos espacios geográficos en los que se desarrollan de manera sincrónica historias diversas, cuyas experiencias deberían ser rescatadas.⁵ Dada esa circunstancia, los historiadores e historiadoras rastrean la “repetibilidad estructural de historias similares” (p. 66) con el propósito de encontrar los elementos cíclicos que actúan como sostén de la historia global. El plano superior en el que se monta la historia es doble, por un lado, remite a una vista panorámica, a nivel geográfico, en la que se reconoce que los acontecimientos particulares hacen parte de una historia global. Por otro lado, remite a una vista panorámica, a nivel temporal, en la que se comprende que el acontecimiento reposa sobre elementos recurrentes que se han reproducido de manera prolongada, en el plazo de una generación. Entonces, se habla aquí de una ampliación a nivel sincrónico (haciendo alusión al espacio) y a nivel diacrónico (haciendo referencia al tiempo que se abarca al analizar un acontecimiento, que en este caso es el medio plazo).

Esto no es todo, existe un método adicional que traduce el repositorio de experiencias a largo plazo, se trata de la reescritura de la historia. Este método requiere una mirada diacrónica que alcance un nivel de abstracción tal que permita rastrear las continuidades que se han sostenido a lo largo de varias generaciones, así como los puntos de ruptura que han transformado esas continuidades obligando a los historiadores a rearticular la historia en función del nuevo suceso. Siguiendo a Koselleck (2001), este es un método que responde a la necesidad de que la “determinación de los hechos, así como su fundamentación, debe articularse nuevamente, o al menos de otro modo” (p. 68). Pero ¿por qué habría de rearticularse el relato histórico de un acontecimiento? La respuesta es esta: toda narración de una historia —este fue un descubrimiento de Tucídides— dista de lo que en realidad pasó, por lo que “ni siquiera la fuente escrita mejor editada y comentada es idéntica a la historia cuyo conocimiento pretende el historiador” (Koselleck, 2001, p. 73). El hiato entre el hacer y el decir, o entre la historia en curso y su narración hace que la historia escrita no sea infalible y que siempre tenga la posibilidad de ser reescrita o

⁵ En el primer acápite se había afirmado que el espacio de experiencia contenía la simultaneidad de lo no simultáneo, pues en él confluían experiencias que provenían de distintas épocas. Aquí se le suma a la diversidad de tiempos la diversidad de espacios geográficos que de manera sincrónica ofrecen distintos tipos de experiencia política.

rearticulada alrededor de nuevas hipótesis que satisfagan como modelo explicativo al historiador o historiadora y puedan dar cuenta de los motivos que posibilitaron el acontecimiento. Un ejemplo de ello es la reinterpretación que hace Tucídides del asesinato de Hiparco, en la que los motivos míticos que hacían del homicidio algo heroico, fueron desenmascarados. “Tucídides despolitiza el asesinato en la medida en que lo remite a motivos de celo homosexual” (p. 71). Entonces, lo que hace Tucídides es proponer una nueva hipótesis que reinterpreta la historia particular y la contrasta con los presupuestos que la posibilitaron.

El nivel de abstracción que se alcanza en la reescritura de la historia permite comprender que no solo el acontecimiento goza de unicidad, sino que también las estructuras de repetición de medio y largo plazo son únicas. Por ese motivo, la historia tiene la posibilidad de ser reescrita. Al respecto dice el historiador alemán (2001): estas “condiciones —los motivos por los que algo pudo suceder así y no de otro modo— [...] pertenecen a la historia real del mismo modo que las sorpresas únicas desde las que se despliegan las historias concretas” (p. 81). Esto quiere decir que cada nivel de experiencia es histórico y muta, incluso las estructuras recurrentes. Pese a ello, la condición para que la historia se mantenga legible es que estas últimas cambien a velocidades mínimas. Con ello se garantiza que hay unos elementos recurrentes que sostienen los acontecimientos únicos, aunque eso no signifique que son estructuras ingénitas e imperecederas que nunca podrán transformarse. De lo contrario, en la historia no habría cabida al cambio histórico.

En este punto se entiende que los tres métodos historiográficos han sido efectivos para dar cuenta de los elementos lineales y los elementos cíclicos de la historia. La metáfora de los estratos del tiempo que propone Koselleck (2001) es la perspectiva sobre la temporalidad histórica que sustenta teóricamente lo que encontró Tucídides empíricamente mediante su arqueología: que cada “historia incuestionablemente única esconde en sí estructuras que la posibilitan, procesos dentro de espacios de juego limitados que se modifican con una velocidad distinta de la de los acontecimientos” (p. 82).

Comprender el tiempo desde la estratigrafía deriva en las siguientes consecuencias. Primera, la imagen de la flecha es insuficiente para dar cuenta de la complejidad del tiempo, hace falta valorar también los elementos recurrentes de la historia para comprender la dinámica entre cambio y permanencia que esta plantea. La historia no es teleológica, es decir, esta no tiene un fin

determinado, como la perspectiva moderna de la historia lo sostuvo. Por el contrario, la historia carece de un fin o sentido *a priori*. Es el historiador o la historiadora quien, desde su oficio, asigna una hipótesis que sirve como modelo para explicar qué ocurrió desde una mirada sincrónica, a corto plazo, y por qué sucedió así y no de otra manera, desde una mirada diacrónica que evalúa los presupuestos detrás de cada experiencia de lo insólito.

Segunda, como el tiempo no es lineal, cada nuevo acontecimiento que representa la superación de la experiencia por la expectativa no debe ser leído como un progreso frente al pasado. Los estratos del tiempo son una imagen que nos lleva a comprender que el pasado no queda atrás, este pervive e incide en los acontecimientos que ocurren en el presente. Al respecto resulta esclarecedor lo que sostiene Oncina (2021a): la experiencia de lo insólito derivada de la ruptura entre experiencia y expectativa “es única a la par que una secreción de los sedimentos que se han ido asentando en este nivel de lo repetitivo, por consiguiente, siguen disponibles y operativos para nosotros y constituyen un *stock* de pautas” (pp. 141-142), que son tenidas en cuenta por quienes coinciden en un mismo presente. Esto nos lleva a decir que, aunque la modernidad se define como la superación del espacio de experiencia premoderno, ninguna época es tan insólita como los defensores del progreso pregonan, pues siempre habrá estructuras de repetición de larga duración y constantes antropológicas y biológicas que subyacen a toda la historia en conjunto (aquellas que compartimos hoy con Heródoto y Robespierre).

Hasta aquí fue expuesta una imagen del tiempo histórico caracterizada por mostrar la interacción entre distintos sedimentos que cuentan con duraciones y velocidades de cambio disimiles. Lo que se describe en el siguiente acápite es otra de las herramientas que Koselleck acuñó con el fin de medir la interacción entre acontecimientos y estructuras propia de la modernidad. Se trata de la hipótesis explicativa mediante la que el historiador alemán analizó el periodo moderno.

1.3 El *Sattelzeit*

Este acápite se ocupa de explicar la función del *Sattelzeit* como categoría que tematiza la experiencia moderna del tiempo histórico. Para iniciar, se define el *Sattelzeit* como el periodo que va de 1750 a 1850 en el que el “espacio de experiencia” del mundo estamental es subvertido por un “horizonte de expectativa” marcado por la Ilustración, la Revolución francesa y la Revolución Industrial. La metodología a través de la cual el historiador alemán llega a esta afirmación es la historia conceptual. Debido a lo anterior, lo primero que se expone en este acápite es un preliminar

metodológico que sirve para comprender las pautas del análisis koselleckiano enmarcado en la historia conceptual. Luego, se muestra en qué consiste el *Sattelzeit* y cuáles fueron los hallazgos de Koselleck sobre este periodo desde su metodología. Dichos hallazgos serán centrales a la hora de mostrar el diagnóstico de la temporalidad moderna, de donde parten preocupaciones que nos alcanzan a nosotros en pleno siglo XXI.

1.3.1 Preliminar Metodológico

La historia conceptual alemana (*Begriffsgeschichte*) hace seguimiento a las características del “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativa” de los sujetos de una época determinada a través de los conceptos. Esta se caracteriza por ser una vertiente historiográfica que estudia “la terminología sociopolítica que es relevante para el acopio de experiencias de la historia social” (Koselleck, 1993, p. 106). Se trata de un enfoque de investigación que elucida las “experiencias y expectativas históricas de las gentes del pasado valiéndose de las huellas que tales vivencias han dejado en el lenguaje” (Fernández, 2021, p. 57). Así, la historia conceptual emprende la labor acuciante de identificar los conceptos propios de los hablantes de cada época para poder delimitar los horizontes de sentido que estos agentes históricos fueron capaces de imprimir al lenguaje político que tenían a disposición. De allí que, la historia conceptual busque la permanente distinción entre las categorías heurísticas que el historiador emplea para reconstruir eventos históricos y “las ‘categorías indígenas’, es decir, [...] los conceptos históricos usados por los ‘observados/historiados’” (Fernández, 2021, p.60). Esto último para evitar “transferencias inauditas de sentidos actuales a significados pasados de las palabras (prolepsis), como cuando se llama a Jean-Jacques Rousseau ‘jacobino’, o viceversa (retrolepsis), como cuando el concepto de feudalismo es utilizado para denominar fenómenos o realidades actuales” (Aguirre & Morán, 2020, pp. 68-69). En síntesis, la historia conceptual es adversaria de cualquier tipo de análisis metodológico que extrapole la semántica de conceptos que no son propios de una generación para alumbrar sus prácticas y pensamientos. En otras palabras, lucha contra el uso a-histórico de los conceptos al elevarlos a fuentes de las realidades políticas y sociales de cada generación.

La historia conceptual tematiza las mutaciones, en la comprensión del mundo social y político de distintas épocas, a través del seguimiento a las variaciones semánticas de los conceptos usados por los contemporáneos de cada realidad pasada. Los conceptos son el punto de partida de esta vertiente historiográfica ya que han funcionado como cajas de registro de las experiencias y las

expectativas de los seres humanos a lo largo de la historia. Dada la importancia capital que tienen los conceptos para la historia conceptual es necesario enunciar y desarrollar sus características.

En primer lugar, los conceptos, para la historia conceptual, no se limitan a ser meras palabras. Sin embargo, al ser palabras, los conceptos participan de la polisemia: son términos polívocos, esto quiere decir que a ellos se adhieren distintos significados que no siempre coinciden entre sí. Lo que diferencia al concepto de la simple palabra es que esta última necesita volverse unívoca *ad hoc*, mientras que el concepto “tiene que seguir siendo polívoco” (Koselleck, 1993, p. 117) para seguir siendo concepto. Por ejemplo, palabras como “fuente”, “gato”, “cinta”, entre otras, tienen más de un significado, pero en cada uso el marco de referencia de la situación en la que se utilizan libera a la palabra de los significados que no encajan en el rompecabezas. Javier Fernández Sebastián (2021) retoma una metáfora de Rafael Sánchez Ferlosio para exponer la diferencia entre la palabra y el concepto, al respecto dice: “las palabras son llaves; los conceptos ganzúas [...] mientras que una palabra, cada vez que se utiliza pragmáticamente en un determinado contexto, sirve para abrir una única puerta, el concepto [...] nos permite abrir muchas puertas” (p. 70). Aquí se amplía el ejemplo así: en el caso de las palabras podría decirse que cada significado (cada llave) tiene su propia puerta (situación específica). En cambio, en el caso de los conceptos, el conglomerado de significados asociados (la ganzúa) abre cualquier puerta (todo contexto posible). De manera que, en el concepto confluyen todos los significados adheridos al término y “la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa” (Koselleck, 1993, p. 117). Entonces, cuando un concepto quiere alumbrar o hacer comprensibles las vivencias de un determinado tiempo, nunca puede liberarse de la carga semántica que trae acumulada de otras situaciones distintas⁶.

En segundo lugar, los conceptos están pletóricos de las experiencias y expectativas de los sujetos, que no son otra cosa que las vivencias y los deseos en bruto (ambos en calidad de contenido extralingüístico) tamizados por el lenguaje. Dichas experiencias y expectativas se van acumulando en el concepto y, a medida que se adhieren a este, expanden su carga semántica. El concepto tiene un contenido dinámico en constante expansión, en este confluyen de manera sincrónica

⁶ En el texto *Historia conceptual alemana (Begriffsgeschichte)* (2024), Óscar Linares reúne una serie de metáforas utilizadas para señalar la equivocidad de los conceptos. El autor nombra la imagen de los “sedimentos” del mismo Koselleck, las de los “núcleos de cristalización” y las “constelaciones de Bödeker, la de los palimpsestos de Oncina y la de la “ganzúa”, a la que hacemos referencia aquí, de Fernández Sebastián.

significados que “proceden cronológicamente de épocas diferentes” (Koselleck, 1993, p.123). En ese sentido, se dice que los conceptos contienen la “simultaneidad de lo no-simultáneo” o, en otras palabras, los conceptos contienen una “profundidad histórica” (Koselleck, 1993, p. 123) proveniente de distintos escenarios. Estos pueden abarcar estados de cosas pasados, presentes e incluso pueden contener proyecciones de transformación de esos estados de cosas a futuro. Acorde a lo anterior, se puede afirmar que los conceptos contienen el tiempo histórico. Por ello, se mantienen en movimiento, mientras coordinan en sincronía los significados descoordinados en diacronía.

En tercer lugar, los conceptos tienen como función “fijar las experiencias, que se diluyen, para saber qué sucedió y para conservar el pasado en nuestro lenguaje” (Koselleck, 2012, p. 29). Los conceptos sirven para incorporar experiencias pasadas al presente, para así conservar tradiciones, pero también sirven para revelarse contra estas al adoptar nuevas cargas semánticas. Estos son indicadores de estados de cosas y, desde el siglo XVIII, también son “factores de todos los cambios que se han extendido a la sociedad civil” (Koselleck, 1993, p. 328). Siguiendo a Fernández Sebastián (2021), los conceptos “pueden ser vistos a la vez como ejes o pilares sobre los que pivotan los discursos y como palancas retóricas que nos ayudan a transformar esos mismos discursos” (p. 71). Tienen una función de registro de la realidad y, al mismo tiempo, una función “performativa” (p. 72) que los orienta hacia la transformación del horizonte de expectativas.

En lo que sigue, se describen las características de los tipos de conceptos a considerar para la comprensión de esta monografía, esta lista no es exhaustiva y no contempla toda la tipología de conceptos descrita por Koselleck. Para iniciar, los “conceptos fundamentales” son aquellos sin los que no es posible comprender la realidad extralingüística de una época. Estos tienen dos características que, según el historiador alemán (2012) los diferencian de los demás tipos de conceptos: “son insustituibles” (p. 37) y “polémicos” (p. 37). En calidad de insustituibles, son aquellos que recogen las vivencias de los lugares comunes de un grupo de hablantes. En esa medida, son centrales para que los contemporáneos de una época le den sentido a su realidad, así como para que los historiadores puedan reconstruir épocas pasadas, mediante la comprensión de las estructuras de sus sociedades y “el contexto de los grandes acontecimientos” (Koselleck, 2009, p. 93) que marcaron su historia. Adicional a ello, los “conceptos fundamentales” son polémicos porque “los distintos hablantes quieren imponer un monopolio sobre su significado” (Koselleck,

2012, p. 45), dado que entienden que su función es la de guiar la comprensión de la época y el movimiento histórico.

En segundo lugar, los “conceptos de experiencia” son aquellos que engloban las tradiciones sociales y políticas de una época. Se trata de conceptos que van cargados con “un tesoro de experiencias, que se [han] acumulado a lo largo de diferentes épocas, aun cuando los estados de cosas a los que se [...refieren sean...] cada vez más criticados” (Koselleck, 2012, p. 36).

En tercer lugar, los “conceptos de expectativa” son aquellos a los que no corresponde ninguna experiencia anterior. Son conceptos que se separan “completamente del contexto de las experiencias del presente” (Koselleck, 2012, p. 37) y “se enriquecen con elementos utópicos” (Koselleck, 2012, p. 37), por ejemplo, el “comunismo”.

En cuarto lugar y último lugar, se mencionan los “conceptos de movimiento”, por su importancia para la comprensión de este trabajo monográfico. Estos conceptos cumplen la función de subvertir la tradición, al ser factores que incitan el cambio en la realidad sociopolítica. Por consiguiente, son conceptos cuya función es “ordenar bajo nuevos lemas a las masas corporativamente desmembradas” (Koselleck, 1993 p. 355), verbigracia el concepto de “progreso”.

Hasta aquí se ha delimitado uno de los principios metodológicos de la historia conceptual: la diferencia entre las categorías “indígenas”, es decir, los conceptos propios de una comunidad, y las categorías que el historiador acuña *ex post*. Esto es crucial para comprender las características del *Sattelzeit*, pues esta es una herramienta construida por el historiador alemán con el fin darle vida a una hipótesis interpretativa sobre el tiempo moderno. En el *Sattelzeit* está registrado el diagnóstico koselleckiano de la modernidad, que surge del análisis de los conceptos de dicha época. A continuación, se exponen sus características empezando por su definición, para luego pasar a explicar las grandes mutaciones conceptuales que allí se produjeron.

1.3.2 Las Características del *Sattelzeit*

El historiador alemán Reinhart Koselleck acuña la categoría *Sattelzeit* (en español traducida como “periodo bisagra”), para “señalar una serie de mutaciones que habrían tenido lugar entre 1750 y 1850” (Svampa, 2016, p. 135). Las transformaciones dadas en este periodo son el punto de partida de las investigaciones que dieron lugar a los *GG* que Koselleck editó junto a Otto Brunner y Werner

Conze.⁷ La fuente de análisis de estos investigadores fue la semántica de los conceptos en lengua alemana que registraban la movilidad de las experiencias políticas y sociales de los germanoparlantes,⁸ durante el periodo señalado. Los resultados de las investigaciones muestran la inadecuación de la semántica del mundo antiguo para registrar las experiencias emergentes en la modernidad. Siguiendo a Koselleck (2009), mediante “su historia, los conceptos político-sociales investigados muestran indicios de una transformación profunda y a largo plazo de la experiencia” (p. 95). En específico, la mutación del *Sattelzeit* mostraba la ruptura entre el “espacio de experiencia” premoderno y el nuevo “horizonte de expectativa” auspiciado por la Ilustración, la Revolución francesa e Industrial. Dicha ruptura se tematizó, mediante el análisis semántico, de tres formas distintas: A) cuando antiguos términos no sufrieron modificaciones, mientras que sus significados sí v.g. la “democracia”, que en la modernidad ya no era la misma que en el mundo griego. B) cuando surgieron palabras de “nuevo cuño casi completamente nuevas, como ‘clase’” (p. 95). C) cuando algunas palabras sufrieron “una paulatina pérdida de significado [...] como ‘nobleza’” (p. 95).

Los cambios en los significados de los conceptos atestiguan una nueva manera de aprehender el mundo emergente en la modernidad. El interés de Koselleck y su grupo por seguir las mutaciones semánticas que dieron origen a los conceptos político-sociales modernos reposa en la idea de que estos no son universales. El “lenguaje, el mundo conceptual con el que hoy operamos, deriva de una precisa situación histórica, aquélla del nacimiento del mundo moderno y todavía hoy está sustancialmente condicionado por ella” (Brunner en Duso, 1998, p. 46). Por eso, en el centro de la investigación koselleckiana está el *Sattelzeit* indicando el momento en que se dieron los cambios semánticos de la modernidad, en qué consistió el nuevo comportamiento de los conceptos y de qué manera esto hace patente una nueva “relación cambiante con la naturaleza y la historia, con el mundo y con el tiempo” (Koselleck, 2009, p. 95).

⁷ *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. En español *Conceptos fundamentales de la historia: Diccionario histórico de los conceptos político-sociales en Alemania*.

⁸ De acuerdo con Koselleck, los GG “busca[n] determinar cómo los germano-parlantes percibieron, conceptualizaron e incorporaron en su vocabulario esos cambios acelerados que tuvieron lugar entre la Ilustración, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial” (Koselleck en Svampa, 2016, p. 136). Ahora bien, esto no significa que la utilidad del análisis y del *Sattelzeit* solo se reduzca al ámbito europeo, pues no es una categoría de carácter ontológico, sino una hipótesis interpretativa que puede ser extendida, con algunos bemoles, a otros contextos. Un ejemplo de ello es el trabajo que ha llevado a cabo el grupo *Iberconceptos* para el lenguaje político en el Atlántico Ibérico.

Desde la óptica koselleckiana las mutaciones de conceptos particulares en la modernidad como *Geschichte*, “progreso”, entre otros, pueden ser analizadas a nivel estructural mediante cuatro criterios que se dieron durante el *Sattelzeit* y que permiten hacer una lectura del comportamiento general de los conceptos de la época. El primer criterio es el de la democratización. De acuerdo con el historiador alemán (2009), los conceptos se democratizan en el marco de la disolución del mundo estamental. Esto quiere decir que cada vez aumentan más las capas sociales que emplean el lenguaje político que antes les resultaba vedado. Desde “entonces expresiones políticas reducidas a estamentos concretos se extienden” (p. 96). En segundo lugar, los conceptos atraviesan por un proceso de ideologización o de abstracción. Esto quiere decir que dejan de referirse a situaciones concretas y pasan a ser conceptos con un grado de generalidad más alto. Como resultado de este proceso, aparecen los singulares colectivos; unos conceptos paraguas, que alojan gran variedad de significados dentro de sí. En tercer lugar, los conceptos se politizan al utilizarse como instrumentos para darle forma a la nueva experiencia de la política, que ya no es monopolio de la nobleza. Los conceptos muestran su politización al vincularse a la realidad política moderna buscando explicarla o transformarla. Los conceptos politizados “se convierten en ‘instrumentos de control del movimiento histórico’” (Svampa, 2013, p. 5) en un mundo moderno en el que todos pueden tomar decisiones y establecer nuevas prioridades. Por último, los conceptos se temporalizan, es decir, se cargan de futuro, al mostrar que no tienen definiciones estáticas, sino que reflejan un movimiento interno, porque agavillan una gran cantidad de experiencias y expectativas en su interior.

De momento, se han comprendido los criterios formales a través de los cuales Koselleck tematiza las mutaciones semánticas del *Sattelzeit*, a saber, la democratización, la ideologización, la politización y la temporalización. Gracias a ello, es posible desglosar los cambios en términos de contenido que produjo el *Sattelzeit*. Con esto se hace referencia a la nueva relación que construyó la sociedad moderna con el tiempo. Para comprender esto, el siguiente capítulo expone los cambios en la semántica de los conceptos *Geschichte*, “progreso” y “secularización”. Para, en la última parte, mostrar las consecuencias de la nueva temporalidad en la manera de concebir la historia, la naturaleza y el mundo.

2. La Aceleración del Tiempo Histórico

Este capítulo se ocupa de mostrar las características de la experiencia moderna del tiempo que emergió en el *Sattelzeit*. Para este propósito en los siguientes apartados se exploran tres conceptos clave a la hora de precisar la relación que la población moderna tejió con la temporalidad. Los conceptos que llevarán al lector a lectora a comprender lo anterior son: *Geschichte*, “secularización” y “progreso”. Una vez analizados estos, se da paso a la descripción de la aceleración del tiempo moderno y al análisis de sus consecuencias en la época moderna y en la actualidad.

2.1 *Historie/Geschichte*

La modernidad es definida por Koselleck como la ruptura entre el “espacio de experiencia” de la sociedad estamental y la apertura de un nuevo “horizonte de expectativa” con la Revolución francesa. El remezón político que implicó este acontecimiento tuvo repercusiones en la manera de concebir el ejercicio historiográfico. Así, se dio el cambio de paradigma de la *historie magistra vitae*, propio del Antiguo Régimen a uno novedoso: la *Geschichte*. Para medir esta transición Koselleck explora los cambios en la semántica del concepto “historia” en la lengua alemana. En lo que sigue, se mostrará el camino recorrido por dicho concepto a través de los cuatro criterios de la historia conceptual (los teoremas Koselleckianos): singularización, democratización, temporalización y politización.

En lengua alemana se registraban dos conceptos de “historia”, uno de ellos, heredado del latín, *historie*, el otro emergente en alemán, *Geschichte*. El primero, hacía referencia a la narración de los acontecimientos. El segundo, hacía referencia a los acontecimientos mismos. Koselleck (2004) señala que, durante el último tercio del siglo XVIII, el “estado de cosas, exposición y ciencia de ello, se ponen [...] bajo un concepto común único” (p. 45): *Geschichte*.⁹ Esto quiere decir que, desde ese momento, la realidad y las claves de su comprensión están fundidas en un único concepto. Una vez expuesto el cambio en términos semánticos, es pertinente ver cómo esto se dio de la mano de la mutación del paradigma historiográfico.

⁹ En español no tenemos dos vocablos para referirnos a la historia como narración, de un lado, y a la historia como acontecimiento de otro. Por eso, en esa monografía se optó por usar la expresión “historia *magistra vitae*” cuando se hace referencia a la historia como narración, el paradigma historiográfico premoderno. Por su parte, cuando se menciona el paradigma historiográfico moderno en el que narración y acontecimiento se funden en un singular colectivo se optó por utilizar el vocablo alemán *Geschichte*, que en español sería la Historia con h mayúscula.

El modelo historiográfico premoderno era el de la “historia *magistra vitae*”. De acuerdo con este, las historias —en latín *historien*— tenían un potencial pedagógico, pues estas podían repetirse a nivel estructural y arrojar las claves para solucionar los conflictos que se presentaran en una siguiente ocasión.¹⁰ Según Palti (2004), Koselleck sustentaba el ideal pedagógico de las historias en dos premisas, en primer lugar, en la “iterabilidad de la historia (que las mismas situaciones básicas se repiten), puesto que sólo así podrían inferirse leyes generales aplicables a toda época histórica” (p. 65). De esta constancia formal de las historias que podrían llegar a repetirse se sigue la otra premisa del modelo de la “historia *magistra vitae*”: que la historia no podría ser singular. “Lo que existirían, en el contexto de esta perspectiva, son ‘historias’, en plural” (p. 65). Estas historias, en su tenor formal, serían las que se repetirían una y otra vez en distintas situaciones que estuvieran por llegar. Mientras el modelo de la “historia *magistra vitae*” se mantuvo vigente, las historias podían servir de ejemplo para otras situaciones, porque hasta ese entonces el espacio de experiencia se había mantenido constante y no había campo para lo desconocido¹¹.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII el potencial ejemplarizante de las *historien* se desvaneció, pues el presupuesto de la iterabilidad de las historias fue desmentido por la Revolución francesa. Este acontecimiento abre una brecha temporal entre el espacio de experiencia hasta ahora establecido y lo que estaba por inaugurarse a nivel político y social. Desde ese momento, las *historien*, que eran plurales, fueron subsumidas por un único decurso temporal irreversible. La Revolución francesa había descubierto la experiencia de la unicidad ya que las historias pasadas eran incapaces de arrojar cualquier tipo de respuesta sobre cómo asumir la política desde entonces. Una vez descubierta la unicidad, se seguía la conformación de un único decurso histórico lineal de acuerdo con el cual cada experiencia por suceder se iría organizando en una línea progresiva e

¹⁰ Un ejemplo de la iterabilidad de las *historien* se encuentra en la interpretación que Koselleck hace de la pintura de Albrecht Altdorfer sobre la Batalla de Issos. Esta sirve para entender la persistencia de estructuras pretéritas en el presente del pintor. El conflicto del 333 a.C. entre los macedonios y los persas se estaba replicando, formalmente como una tipología, en pleno siglo XVI cuando los turcos asediaban Viena y, esto, según Koselleck (1993), influyó en la manera en la que Altdorfer retrató la Batalla de Issos como si hubiera estado allí. “La mayoría de los persas se parecen, desde los pies al turbante, a los turcos que asediaron Viena infructuosamente el mismo año, 1529, en el que se realizó el cuadro” (p. 22). Parecía ser que la coyuntura se repetía —en lo que respecta a su tenor estructural— durante los tiempos del pintor. El retorno de las mismas coyunturas que tuvieron lugar en el pasado muestra la experiencia de la iterabilidad. Esto se dio de manera persistente mientras el paradigma de la “historia *magistra vitae*” se mantuvo en pie.

¹¹ Verbigracia las obras que hacían parte del subgénero literario *Speculum principum* (instrucción de príncipes) en las que se escribía “sobre la instrucción que debían recibir aquellos que estaban destinados a ceñir una corona, sobre las virtudes y cualidades que habían de cultivar” (Rábade, 2007, p. 163). Estas narraciones con potencial pedagógico servían de guía para la educación de los herederos al trono. Un ejemplo de ello, *El Príncipe* de Maquiavelo.

irreversible. El principio de la irreversibilidad les quitó el potencial a las nuevas generaciones de guiarse por las tradiciones de sus antecesores. De modo que, la salida que quedó habilitada fue la del tiempo futuro, que tendría aseguradas las respuestas necesarias para estabilizar el terremoto político de la Revolución. La escisión entre pasado y futuro que se propició en el umbral de la Revolución francesa e Industrial volvió insuficiente la aprehensión de la historia desde el paradigma ciceroniano. Debido a ello se instaló uno nuevo, la *Geschichte*, a través de una transformación que implicó cuatro procesos en la semántica del concepto: la singularización, la temporalización, la democratización y la politización.

2.1.1 La Singularización de la *Geschichte*

En el mundo premoderno no existían historias en plural, estas eran nominadas mediante el vocablo latino *historien*. El oficio del historiador era el de construir relatos sobre los acontecimientos y las vidas de los sujetos, de los cuales se podrían extraer ejemplos de cómo actuar en el futuro. El supuesto era el de un tiempo cíclico en el que las grandes coyunturas tendían a repetirse. Por eso era clave registrar las hazañas de los líderes políticos, pues era prudente replicarlas en el futuro. La experiencia de la unicidad inaugurada con la Revolución francesa llevó a romper el presupuesto de la recurrencia. De allí que la manera de entender, tanto el ejercicio histórico como la historia, cambiasen.

La negación de la iterabilidad y el descubrimiento de un solo decurso histórico obligaron a hacer de la historia un sistema. De acuerdo con Koselleck (2004), la nueva pretensión holística de la historia buscaba “aglutinar una serie de eventos en un todo coherente” (p. 29) que iba más allá de los hechos individuales. Desde el emergente paradigma moderno de la historia¹² los hechos dejaron de ser insulares y aparecieron vinculados a un sistema de conexiones, que, incluso gozaba de una pretensión de verdad mayor que la descripción del acontecimiento mismo. Ello llevó a varios historiadores de la época a decir que su labor era la de hacer palmaria la conexión de los eventos históricos que se hallaba, ya de por sí, depositada en la *Geschichte*. De modo que los encadenamientos propuestos en cada ejercicio historiográfico no tenían un carácter hipotético, al contrario, estos tenían un estatus epistemológico de verdad y con un carácter ontológico independiente.

¹² En adelante *Geschichte*.

Desde el paradigma ciceroniano se reconocía que las *historien* tenían un objeto, por ejemplo, había historias de emperadores y naciones en particular, así como de eventos históricos. Carlomagno y Francia eran la substancia que permanecía indemne ante los cambios que se relataban. Sin embargo, con la emergencia de la Historia como sistema, se comprendió que esta era algo más que la narración de la sucesión de acontecimientos particulares. Ese excedente era la materia subyacente de la *Geschichte*: los criterios formales del movimiento histórico, o, en otras palabras, aquellas condiciones que deberían cumplirse para que la *Geschichte* fuese plausible. Al respecto, el historiador alemán afirma que, “una vez que se descubre la historia como autónoma y actuando por sí misma, esta articula también la exposición que se hace de ella” (Koselleck, 2004, p. 33). Dicho relato, que quedó subsumido en la *Geschichte*, debía ser calificado como verdadero, es decir, como una especie de entidad independiente. De su verdad dependía la autonomía de su movimiento. Esta podía entenderse casi como una causa eficiente de su propio desplazamiento, como una suerte de demiurgo que ordenaba y dirigía el movimiento histórico hacia el “progreso”.

Una vez la *Geschichte* subsumió tanto los acontecimientos como la exposición que hace de estos, surgió la moderna ciencia histórica. De acuerdo con Koselleck (2010), la *Geschichte*, en contraste con otras ciencias, no tiene un objeto de investigación delimitado, pues “todo puede ser declarado a través de su planteamiento como objeto histórico” (p. 139) en la medida en que todo es historizable. La diferencia con las otras ciencias es que sus objetos están previamente constituidos, mientras que la historia “desarrolla sus verdaderos objetos de investigación a partir de una sistematización histórica o, en todo caso, del ámbito objetivo de una teoría determinada” (p. 139). En otras palabras, desde que la *Geschichte* articuló la *res factae* y la *res fictae*, tuvo que reflexionar sobre dos asuntos en conjunto: A) sobre las premisas teóricas desde las cuales constituye la realidad histórica, y, B) sobre las premisas metodológicas desde las cuales articula el relato histórico. Ambas consideraciones son centrales para la *Geschichte*, pues desde que emergió como ciencia tuvo la obligación de justificar el aparataje teórico a través del cual crearía sus propios objetos de investigación. En ese sentido se dice que se convirtió en un metaconcepto.

La *Geschichte* como metaconcepto originó la reflexión teórica sobre las condiciones de posibilidad de las historias. A esta reflexión metahistórica se la conoció también como *filosofía de la historia* (o *Historik*, en el caso de Koselleck). El nacimiento de las filosofías de la historia promovidas por la Ilustración fue precedido por tres pasos. El primero fue una reflexión estética en la que el nivel

de verdad de la *Geschichte* y la Poesía fueron contrastados. La *Geschichte* dedicada a la exposición de la *res factae* y la poesía dedicada a la producción de la *res fictae*. Para un campo de historiadores, encabezados por Luciano, la verdad de la *Geschichte* era superior que la de la poesía. Por lo tanto, el ejercicio del historiador consistía en decir la verdad desnuda, esto es, narrar sin adornos lo acontecido y nada más que lo acontecido. Por su parte, historiadores como Lessing invocaban a Aristóteles para enaltecer la verdad de la poesía que mostraba el reino de lo posible y por eso era universal. De ambas posturas se benefició la *Geschichte* que funde en el colectivo singular el carácter verdadero de la *res factae* y la *res fictae*. Desde entonces, no solo los acontecimientos *in actu* estaban dotados de una realidad efectiva, también la verosimilitud que se desprendía de la poesía estaba dotada de una especie de verdad. Así, el singular colectivo subsumió los acontecimientos y la lógica que haría verosímil y razonable la conexión entre los mismos, esto es, las condiciones de posibilidad de las historias narradas.

El segundo paso que contribuyó a la formación de la *Geschichte* como metaconcepto y a la emergencia de las filosofías de la historia fue la procesualización de la historia. Que esta fuera vista como un proceso es el resultado de reflexiones filosóficas que hicieron de la “historia como sujeto” un agente dirigido a un fin moral. Filósofos como Kant afirmaban que la *Geschichte* era un agente que seguía el plan secreto de la naturaleza: llevar a los seres humanos a la perfección. Fue así como la “historia sujeto de sí misma” (una expresión análoga a la de *Geschichte*) quedó con la responsabilidad de administrar la justicia. De acuerdo con Koselleck (2004), en este punto, “la posteridad fue elevada a foro de la justicia, sustituyendo al Juicio Final” (p. 61), por lo que una función que era de la divinidad se mundanizó.

La Ilustración obligó a los historiadores a emitir juicios sobre la agencia moral de los sujetos y su contribución al plan moralizante de la historia. Ese juicio histórico se convirtió en la “expectativa histórica de que [más adelante] se hiciese justicia” (Koselleck, 2004, pp. 62-63). Políticos como Robespierre comprendieron la nueva función de la historia como juez y apelaron a que esta les daría la razón y respaldaría sus decisiones, al respecto dice el francés: “posteridad naciente es a ti a quien corresponde crecer y llevar los días de prosperidad y felicidad” (Robespierre en Koselleck, 2004, p. 62).¹³ De acuerdo con Zermeño (2021), el “verdadero cambio de esta figura de juez

¹³ La traducción es mía, el original dice: “Posterité naissante, c’est à toi de croître et d’ammener les jours de la prospérité et du bonheur”.

asociada al futuro consistió en trasladar la enseñanza o instrucción situada en el pasado a lo que está por venir; ya no más asentada en lo que sucedió” (p. 304). Para el momento en el que la *Geschichte* se transforma en un tribunal de justicia, se reconoce que del pasado ya no se puede extraer moraleja. Ahora lo importante es que desde el futuro sí se podrán construir juicios aplicando la mirada del espejo retrovisor y evaluando los efectos que han producido las acciones que se emprendieron en el pasado. En suma, la Historia se entendía ahora como un proceso y la agencia de los sujetos históricos sería juzgada acorde a su aporte para completar dicho proceso.

El tercer factor que posibilitó la emergencia de las filosofías de la historia fue el de la formación racional de las hipótesis explicativas sobre la conexión entre acontecimientos históricos. Esta provenía de la necesidad de una conexión interna de los acontecimientos propiamente histórica y no suprahistórica. La reflexión filosófica que se desató al respecto incluía la pregunta sobre la racionalidad de las hipótesis que dotarían de unidad interna a la *Geschichte*. El trabajo de los historiadores sería el de fundamentar lógicamente las conjeturas sobre la conexión interna hasta convertirlas en motivos racionales. Esto último lograría posicionar la *Geschichte* en un nivel reflexivo y filosófico superior.

El propósito de la hipótesis era el de mostrar cómo podría haber sido posible el acontecimiento, sin abandonarse a una “reflexión arbitraria” (Koselleck, 2004, p. 69). Para llegar a ello, el Idealismo alemán recogió la exigencia de la unidad de sentido de la *Geschichte* propia de la reflexión estética; la procesualización que se desprendía de su comparación con un tribunal de justicia; y, por último, la construcción de una hipótesis que haría de la *Geschichte* un constructo racional. A partir de ese momento, la filosofía de la historia podía “calcular la marcha del género humano” (p. 70) en ese proceso de liberación del espíritu. La unión entre la filosofía y la *Geschichte* quedaba sellada con el Idealismo alemán. Por una parte, la filosofía se encargaba de decir “cuáles eran los estadios de la cultura que tenía que recorrer una sociedad” (p. 70). Por su parte, la *Geschichte* mostraba en qué punto de ese proceso civilizatorio estaba la humanidad. La meta a la que debía llegarse en el proceso histórico era aquella preconcebida desde la filosofía: el “progreso”.

En suma, como resultado de la necesidad de sistematizar la práctica historiográfica surgió la *Geschichte* como colectivo singular. En lugar de historias en plural, como aquellas escritas desde el paradigma ciceroniano, la *Geschichte* creó un relato universal que encadenó los acontecimientos

y los dotó de sentido. Esto se reflejó en el cambio semántico que tuvo el concepto pasando del vocablo latino *historie*, que denominaba las historias plurales de carácter moralizante del modelo ciceroniano, al vocablo alemán *Geschichte*. En este último se fusionaron tanto los acontecimientos como el relato historiográfico que los conectaba. De tal fusión se derivó la necesidad teórica de pensar el ejercicio historiográfico no solo como la descripción de acontecimientos, sino como aquel oficio en el que integra, al mismo tiempo, el marco de condiciones que hacen del relato histórico algo verosímil. De esto último se ocupó la filosofía de la historia agrupando el quehacer empírico con la reflexión teórica sobre dicho quehacer.

2.1.2 La Temporalización de la *Geschichte*

La mutación semántica del concepto *Geschichte* implicó otros tres procesos que se suman al de la singularización. En este apartado se exponen las características de la temporalización de la *Geschichte*, proceso engendrado en el seno de las reflexiones teóricas de la filosofía de la historia.

La filosofía de la historia condujo a un cambio en el papel del futuro en la *Geschichte*. Como ya se vio, el uso de la posteridad como expectativa de un mejor porvenir ya era utilizado en la política en tiempos de la Revolución francesa. Esta llevó a los historiadores a pensar en una *Geschichte* progresiva que siempre está buscando la conquista de un “horizonte de expectativa” novedoso. Del dinamismo de la expectativa moderna se desprende la idea de la relatividad histórica. Desde el siglo XVIII, la meta a la que debería tender la *Geschichte* estaba temporalizada, pues cada día ofrecía un nuevo desafío por solucionar, que requería de nuevas estrategias a nivel político. Cada nueva experiencia inaugurada llevaba a los historiadores a ver el pasado de maneras distintas y esta sería una constante del ejercicio historiográfico desde entonces.

Para varios historiadores de la época, este fue el punto de partida del perspectivismo que acompañaría a la *Geschichte* desde entonces: la historia efectiva y su representación son diferentes. Al respecto Koselleck (2004) afirma que: se “puede pensar, pero solo pensar que una historia esté en sí libre de contradicción; pero cualquier informe sobre ella estará fragmentado por la perspectiva” (p. 115). Esto lo incorporó a *Geschichte* como sujeto, por ello se dedicó a reflexionar sobre su propia relatividad y radical diferencia con el mundo premoderno. La *Geschichte* se concibió como distinta al pasado, gracias a que el nuevo “espacio de experiencia” había configurado un punto de vista para el análisis historiográfico.

La exigencia que se desprendía del perspectivismo era la supraparcialidad, es decir, la capacidad de narrar los sucesos históricos de manera objetiva. Según Koselleck (2004), para algunos historiadores esto sería posible, siempre que el pasado fuera retratado en la historia como en realidad ocurrió. Esta era la respuesta a la exigencia de la objetividad que tenían algunos historiadores que creían en un “realismo ingenuo” (p. 115), como Ranke. Por su parte, historiadores como Chladenius bebían de una vertiente del realismo moderada que aceptaba la diversidad de puntos de vista desde la que emergían historias contradictorias. Chladenius fue más allá, y también destacó la relatividad de los testimonios de las fuentes. De allí que el tratamiento de las fuentes debía ser crítico, para lograr los niveles de objetividad requeridos por una disciplina científica. En suma, el realismo moderado concilió el perspectivismo con la objetividad científica.

Después de Chladenius, algunas afirmaciones sobre la historia llegaron más allá, al punto de afirmar que el curso histórico es capaz de cambiar *ex post*. Esta afirmación terminaría respaldando la experiencia de la unicidad de los acontecimientos modernos. Decir que el estatus de los acontecimientos y la manera de narrarlos podría cambiar con el tiempo, implicaba comprometerse con la idea de que cada nuevo espacio de experiencia desde el que se analizaría el pasado, sería reemplazado por otro. Teniendo en cuenta lo anterior, el problema que la modernidad le planteó a la labor historiográfica fue el siguiente: la fragilidad de la perspectiva, que se modifica siempre que una nueva experiencia se instaure, hace que el pasado deba ser permanentemente reescrito y reevaluado desde los nuevos valores imperantes. Adicional a ello, como la modernidad fue un tiempo de remezones, el análisis del presente se volvió labor difícil, pues no había un espacio de experiencia fijo del cual pudiera desprenderse un punto de vista sólido.

La posibilidad de reinterpretar la *Geschichte* desde el punto de vista de cada nuevo presente es una cualidad que puede ser explotada con fines políticos. En lo que sigue se muestra el proceso de democratización y politización de la *Geschichte* con el fin de argumentar sobre este último planteamiento.

2.1.3 La Democratización y la Politización de la *Geschichte*

La caída del mundo estamental y la emergencia de la *Geschichte* como sistema son dos factores ligados a su democratización. Con la caída del mundo estamental, la historiografía que únicamente reflejaba la perspectiva de la religión y del Estado estaba incompleta. El principio de igualdad de

la Revolución francesa llevó a la *Geschichte* a ser dominio de la sociedad civil. Producto de la Revolución, la historiografía ganó su propio espacio científico desligado de la religión y la nobleza. Según Koselleck (2004), al ganar su propio espacio científico, el historiador podía desarrollar sus labores sin ser un “historiógrafo de corte al servicio de un príncipe” (p. 107). Así pues, la *Geschichte* quedaba desvinculada de cualquier estamento en particular y con ello se garantizaba su democratización. De manera paralela, la *Geschichte* “alteró su rango dentro de la estructura política del lenguaje” (p. 108). Con esto Koselleck se refiere a la capacidad de este nuevo concepto de aprehender la realidad político-social del *Sattelzeit*. El concepto *Geschichte* debía dotar de sentido la experiencia de la caída del mundo estamental y del ascenso de una nueva burguesía que buscaba construir una identidad sólida. De allí se desprendió una nueva función del concepto, la de estimular una autoconciencia histórica burguesa. Así pues, la democratización y la función política de la *Geschichte* fueron fenómenos en paralelo que afectaron a la totalidad de la sociedad civil moderna.

La centralidad del concepto *Geschichte* en el ámbito político-social moderno reposa en la capacidad que tenía esta de generar identidad para los diferentes grupos de la sociedad civil. Según Koselleck (2004), las “naciones, las clases, los partidos, las sectas u otros grupos de interés [...invocaban...] la historia en tanto que una deducción genética de su respectiva posición” (p. 109). Lo histórico había ganado un lugar importante en la fundamentación de posiciones políticas y era utilizado tanto por quienes buscaban conservar el estado de cosas, como por quienes buscaban superarlo. En esa medida, la *Geschichte* ya no quedaba circunscrita al análisis del pasado, sino que era el medio de “reflexión de la unidad de acción política o social a la que en cada caso se aspiraba” (p. 112). Bien sea para los burgueses, los primeros en sacar provecho de su autoconciencia histórica para mantener su posición, como para los trabajadores, quienes también eran llamados a construir una conciencia de clase. Bien sea para quienes se proclamaban como vencedores, como para los vencidos, quienes debían instruirse a partir de la Historia sobre las causales de su derrota.

La autoconciencia histórica consistía en la capacidad que tenían los sujetos de percibir su propia influencia en la construcción del futuro. La *Geschichte* era invocada para plantear los nuevos valores y las prioridades que deberían ser alcanzadas de acuerdo con cada grupo político. Como concepto fundamental, la *Geschichte* tenía asociada una función política que hacía de su carga semántica un objeto de disputa entre los distintos sectores de la sociedad civil, que buscaban de

ella la motivación para una agencia histórica capaz de construir un nuevo campo político acorde a los valores de su propio sector político.

Una vez expuestas las mutaciones conceptuales del concepto *Geschichte* durante el *Sattelzeit*, queda el camino expedito para analizar las ideas de tiempo que sustentaron tanto el paradigma de la “historia *magistra vitae*”, como el de la *Geschichte*. Esto se llevará a cabo a partir del estudio de la “secularización” del tiempo histórico que lleva a cabo Koselleck. En el siguiente acápite se encontrará una exposición de la “secularización” que desemboca en la experiencia de un tiempo histórico moderno que tiene como característica el ser mundano, teleológico e irreversible.

2.2 La Secularización de la Historia y el Progreso

La imbricación entre el “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativa” se ha transformado a lo largo del tiempo. En el Antiguo Régimen, las expectativas de los seres humanos no superaban el acervo de prácticas, pensamientos y formas de organizarse de sus ancestros. Para ese momento, remontémonos más de tres siglos atrás, gran parte de la población europea vivía en un mundo agrícola artesanal en el que el espacio de experiencia se mantenía casi estático. Esto por varias razones. En primer lugar, la organización de las sociedades estamentales cerraba la posibilidad de modificar las prácticas asentadas de cada una de las capas sociales. Los ascensos entre capa y capa eran inconcebibles puesto que la jerarquía se imponía a través de la consanguinidad. En segundo lugar, a nivel político no se vislumbraban otras formas de gobierno que no fueran las ya conocidas desde los filósofos griegos. El círculo de Polibio describía las tres formas de gobierno clásicas (monarquía, aristocracia y democracia), las tres deformaciones de las formas clásicas (tiranía, oligarquía y olocracia) y la república como gobierno mixto que reunía las tres primeras. Esta tipología circunscribía el espacio de experiencia de los premodernos en términos políticos, por lo que no cabía esperar nada nuevo.¹⁴ En tercer lugar, a nivel tecnológico, el trabajo se realizaba de manera artesanal y de acuerdo con el tiempo natural que seguía la ciclicidad impuesta por los astros. Los tres factores, el social, el político y el tecnológico, muestran

¹⁴ Como lo describe Norberto Bobbio (2001) en *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, a través de la *anaciclosis* Polibio establece tres tesis: A) “Existen fundamentalmente seis formas de gobierno, tres buenas y tres malas” (pp. 44-45). B) “Las seis formas de gobierno se suceden una a otra según cierto ritmo, y por tanto constituyen un proceso cíclico que se repite en el tiempo” (p. 45). C) Además “de las seis formas tradicionales, existe una séptima, de la cual la constitución de Roma es un ejemplo en cuanto síntesis de las tres formas buenas es la mejor constitución” (p. 45). El literal B es el más interesante para el punto que se pretende resaltar, pues, es el indicador de que Polibio consideraba que había un orden cronológico que explicaba la sucesión entre una forma de gobierno y otra.

que el espacio de experiencia de los seres humanos no había tenido posibilidades de expandirse hasta entonces.

El paso de la experiencia a la expectativa no reportaba disrupciones en el Antiguo Régimen. Para este momento, las esperanzas de los sujetos seguían siendo las mismas de sus antepasados, debido a que el judeocristianismo había orientado las pocas expectativas a un nivel supraterrrenal. Las limitaciones del horizonte de expectativa judeocristiano hallaban fundamento en la oposición entre el tiempo y la eternidad elaborada por San Agustín. Conforme a este dualismo entre las criaturas temporales y la eternidad de Dios, el tiempo debía ser pensado como un tránsito previo a la parusía. De manera que, todo acontecer histórico era leído en clave escatológica. Por ejemplo, la destrucción del Imperio Romano tenía sentido dentro de esta interpretación cristiana de la historia porque significaba que el final de los tiempos estaba cerca y con ello el don de la promesa divina de la conquista de la eternidad. La idea de futuro y la consecución del “progreso” permanecían ocultas hasta entonces, pues la solución a las desigualdades e injusticias del mundo terrenal se daría más allá de la historia.

La interpretación escatológica se sustenta en la idea de que Dios es el dueño del tiempo y, por lo tanto, del desarrollo de la historia. Todo acontecimiento, incluso si este está asociado a la decadencia, indica los esfuerzos de Dios por acortar el sufrimiento al que estarían sujetos los seres humanos para poder precipitar su regreso. Según el historiador alemán, en “la expectativa cristiana, el acortamiento del tiempo es una gracia concedida por Dios, que quiere abreviar las tribulaciones de los suyos antes del fin del mundo” (Koselleck, 2003, p. 48). El acortamiento es causado desde el exterior por la fuerza divina y es aplicado a los ciclos propios de la naturaleza. Por eso es común encontrar, en los relatos apocalípticos, alusiones a la oscuridad del Sol, o a la Luna teñida de rojo, todos estos símbolos de una transformación de los ciclos de la naturaleza. El espacio de experiencia en este caso es todo aquello que tiene que vivenciar la humanidad mientras se da el tránsito hacia el más allá. Esta expectativa siempre está vigente porque nunca se puede experimentar en el plano terrenal, por eso nunca sufre desgaste y se puede ir transfiriendo de generación en generación. De acuerdo con Koselleck (1993), “se trataba de expectativas que no podían ser superadas por ninguna experiencia transversal a ellas, porque se extendían más allá de este mundo” (p. 345).

En suma, la visión escatológica del tiempo se sustenta en tres características principales: a) se trata de una concepción teleológica del tiempo que supera la ciclicidad del modelo griego al inaugurar

como “horizonte de expectativa” la parusía. Sin embargo, su expectativa es supraterrrenal, por lo que no implica transformaciones de tipo histórico en el espacio de experiencia. b) Se fundamenta en el dualismo tiempo-eternidad, por lo que justifica la decadencia del mundo terrenal en favor de la búsqueda de la eternidad. A nivel político todo acontecimiento histórico que indique el declive del mundo temporal pierde importancia, pues solo sirve como signo religioso de la cercanía de la parusía. Así, para la visión escatológica de la historia un mundo terrenal decadente tiene sentido. c) Su expectativa siempre estará vigente, pues, al estar orientada suprahistóricamente, ninguna experiencia histórica puede contradecirla. El debilitamiento del modelo escatológico de la historia consiste en la pérdida de vigencia de estas tres características durante la modernidad, producto de la apertura de un “horizonte de expectativa” temporal.

La temporalización, también conocida como “secularización”, del “horizonte de expectativa” judeocristiano debilita la visión escatológica del tiempo. ¿A qué hace referencia la “secularización”? Se trata del proceso mediante el cual las expectativas se vuelven alcanzables en el ámbito terrenal. “Desde entonces la salvación ya no es buscada al término de la historia, sino en el desarrollo y ejecución de la historia misma” (Koselleck, 2003, p. 54). Los conflictos que parecían no poder solucionarse en el tiempo histórico se saldaban en el más allá. Ahora la solución a esos conflictos se encontraba en la historia misma y dependía de los seres humanos alcanzarla.¹⁵ Para resolver los conflictos a nivel histórico es necesario crear rupturas en el espacio de experiencia dado. En este punto, las revoluciones se vuelven el nodo que posibilita el acceso a las nuevas expectativas. Por lo tanto, lo que se empieza a buscar es la ruptura entre lo ya conocido y el porvenir o entre el “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativa” y, en ese cambio de página es en el que se percibe el movimiento histórico, en otras palabras, el tiempo. La expectativa que rebasa lo vivido solo es viable mediante la apertura del tiempo futuro.

El *Sattelzeit*, periodo situado en los intersticios entre la Revolución francesa y la Industrial, encarna, para Koselleck, la lucha entre la experiencia y la expectativa. Ambas buscan la caída del estado de cosas que hasta ahora estaba vigente. Logros como la caída del Antiguo Régimen y la apertura científica y tecnológica sitúan a esta época de revoluciones como la máxima exponente

¹⁵ Un ejemplo de ello es cómo los Estados absolutistas europeos logran solucionar la polarización de las guerras de religión. Otro ejemplo de ello será la posterior superación de los Estados absolutistas mediante la Revolución francesa. Cada movimiento histórico es una muestra de la invención del ser humano de sus propias soluciones a los problemas existentes.

de la quiebra entre pasado y futuro, desde el punto de vista koselleckiano. El hiato, o la no convergencia entre el “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativa”, comporta un movimiento orientado hacia adelante, una progresión. De esta forma es como se entiende el tiempo histórico durante la modernidad, como un avance o “progreso” que consiste en la superación del “espacio de experiencia” dado. Así, llegamos a una de las tesis koselleckianas más importantes: la modernidad (*Neuzeit*) se entiende como la escisión entre la experiencia y la expectativa. Este quiebre lleva a las y los modernos a vivenciar el tiempo (*Zeit*) de una forma completamente nueva (*Neue*) a la de sus antecesores influenciados por la visión judeocristiana.

¿En qué consiste esta nueva experiencia del tiempo propia de la modernidad? En primer lugar, la experiencia moderna del tiempo consiste en el tránsito del dualismo tiempo/eternidad al dualismo pasado/futuro. Cuando la expectativa cristiana se temporaliza, se abre paso a un horizonte de esperanza intramundano y genuinamente histórico: el futuro.

En segundo lugar, la experiencia de un tiempo histórico nuevo implica el tránsito del *telos* cristiano a un *telos* moderno: el “progreso”. En la modernidad, el “progreso” toma el lugar de la expectativa escatológica del más allá, en otras palabras, emerge como meta secular de la historia conservando la linealidad del modelo escatológico del tiempo y temporalizando el *telos* cristiano. Durante el *Sattelzeit* el “progreso” se convierte en una categoría que orienta el devenir histórico hacia el futuro, luego de cargarse de un “horizonte de expectativa” secularizado. Este concepto refleja la urgencia de superar el estado de cosas propio del Antiguo Régimen. Según Koselleck (2021), el “progreso y sus expresiones próximas articulan el carácter diverso del pasado –como malo– frente al carácter nuevo del futuro –como mejor” (p. 214), en tanto oposición a la tradición. El perfeccionamiento de la humanidad se debe entonces a “la conciencia de progreso, que trata de convertir la crisis del viejo mundo en un futuro abierto y dominable” (Koselleck, 2021, p. 215).

El “progreso” como meta secularizada alcanza un carácter universal durante el *Sattelzeit*. Este deja de referirse a disciplinas concretas o ámbitos parciales del espacio de experiencia de los sujetos y pasa a referirse a la totalidad de la humanidad. El “sujeto del progreso se extiende a un agente de máxima universalidad o de una pretensión de universalidad obligatoria, que ya nadie puede rehuir: progreso de la humanidad” (Koselleck, 2021, p. 213). Ningún pueblo puede contra el mandato ineludible del “progreso” toda vez que se entiende que la *Geschichte*, para este punto, es universal y no fragmentada y además de estar teleológicamente orientada. Según Koselleck (2012), en la

modernidad, “el progreso asume el papel principal, se convierte en un agente histórico” (p. 107). Las filosofías de la historia hacen diversos usos del “progreso” como concepto de movimiento que dirige el desplazamiento histórico hacia adelante. Progresar es superar el pasado.

Ahora bien, el último factor que influye en la configuración de la experiencia del tiempo moderno es la aceleración. Dadas las condiciones de inestabilidad en el espacio de experiencia moderno, el “progreso” implica el aumento de la velocidad en la consecución de la nueva meta, pero no solo eso, tal aceleración comporta la mutación de la meta en trayectos de tiempo más cortos; dicha meta se vuelve móvil al punto que plantea una progresión infinita. El propósito de alcanzarla ya no implica el acortamiento del tiempo apocalíptico como otrora la visión escatológica de la historia. Implica la persecución de un *telos* de carácter histórico, que debe alcanzarse deprisa, pero que a la postre no llega a consumarse por completo, ya que muta. La propuesta de la historia secularizada obliga a la humanidad a inaugurar nuevas experiencias en ritmos temporales cada vez más cortos para evitar quedarse atrás. Es un reto asumido por cada cultura como una carrera a la cima civilizatoria dirigida a la huida del pasado. Así lo expresa Koselleck (2012):

Desde el siglo XVIII el progreso compele a una planificación cuya definición de objetivos debe, sin embargo, redefinirse continuamente debido a la constante aparición de nuevos factores. El concepto de progreso incluye exactamente esa experiencia de nuestra propia modernidad. Constantemente surgen novedades imprevisibles que no pueden, o solo con dificultad, compararse con el pasado. (p. 110)

Lo anterior se puede evidenciar, de acuerdo con el historiador alemán, tanto a nivel político como a nivel extrapolítico. Durante la Revolución francesa, el tránsito por múltiples formas de gobierno fue abrupto y se dio en un periodo muy corto. Desde la monarquía hasta la dictadura de Napoleón “habrían sido recorridas apresuradamente, en un decenio, todas las posibles formas de organización humana” (Koselleck, 2003, p. 64). Asimismo, a nivel tecnológico la época preindustrial ya mostraba signos de la aceleración del tiempo. El transporte se optimizó y la transmisión de noticias se hizo más fluida y rápida. De esta manera, se asiste, en el siglo XVIII, “a una intensificación del ritmo en el ámbito de la sociedad burguesa pujante económicamente” (Koselleck, 2003, pp. 65-66). En el ámbito económico, la división del trabajo permitió que se diera la productividad y con ello una reducción de la cantidad de tiempo de elaboración de una mercancía. Para Koselleck (1993), tanto “el progreso sociopolítico como el científico-técnico modifican los ritmos y lapsos del mundo de la vida en virtud de la aceleración. Adquieren todos

juntos una cualidad genuinamente histórica, a diferencia del tiempo natural” (p. 350). Todos los ejemplos expuestos son una muestra de la alteración de los ritmos de tiempo naturales y de la vivencia de un tiempo eminentemente histórico y acelerado, precisamente porque implica el desarrollo de transformaciones a nivel político, tecnológico y social en lapsos cada vez más cortos.

La progresión infinita que se plantea la modernidad se vuelve insostenible, pues el tiempo histórico reclama un mínimo de estabilidad. Como proceso interminable incrementa las posibilidades de degeneración “solo que esta ya no se interpreta como una metáfora natural, sino en el sentido de catástrofes que los hombres son capaces de desatar sobre sí mismos mediante las fuerzas técnicas de que disponen” (Koselleck, 2012, p. 110). Esto desata una aporía, conforme al análisis que realiza el profesor de Bielefeld, porque la aceleración, si bien nos acerca más deprisa al “progreso”, tiene una cara oculta que ya no es el apocalipsis, sino la catástrofe causada por la intervención humana. Esto quiere decir que el “progreso” y la decadencia serán concomitantes mientras la experiencia de la aceleración histórica permanezca vigente. En el siguiente acápite se ampliará este problema y se hablará de las consecuencias de la aceleración del tiempo histórico.

2.3 La Aceleración

El imperativo del “progreso” condujo a la experiencia de la aceleración de distintos ámbitos de la vida moderna. Durante la Revolución Industrial los ritmos naturales de la producción agrícola, del transporte y la comunicación, que hasta entonces habían sido impulsados por la locomoción humana y animal, fueron reemplazados por los ritmos artificiales de las máquinas. Esto último es lo que en la prosa koselleckiana se conoce como la desnaturalización del tiempo. En lo que sigue se muestra, en primer lugar, cuál fue el recorrido que condujo a la humanidad a desnaturalizar el tiempo. En segundo lugar, cuál es el vínculo entre la desnaturalización del tiempo y el fenómeno de la aceleración. Por último, se muestran las consecuencias de estos dos fenómenos desde la perspectiva de los sujetos que la experimentan, así como desde el punto de vista de la teoría histórica.

En la época preindustrial las medidas de tiempo estaban integradas en el contexto de las tareas domésticas, la agricultura y otros oficios propios del mundo rural. De acuerdo con Koselleck (2007), la medición del tiempo estaba anclada al contexto de acción de los seres humanos. Este es el caso de algunas culturas en las que existían unidades de tiempo ligadas a tareas domésticas. En “Madagascar existe, por ejemplo, la unidad de tiempo ‘en la que se cuece un arroz’ o el rato

requerido para ‘tostar un saltamontes’” (p. 323). Adicional a ello, en la época preindustrial era común que las comunidades se amoldaran a los ciclos impuestos por la naturaleza para completar los trabajos que les permitían cubrir sus necesidades. Sobre esto, el historiador E. P. Thompson (1995) documenta que a inicios del siglo XIX, en Sunderland, una locación costera del Reino Unido, el tiempo social se organizaba en concordancia con los ritmos del mar, lo que le parecía “natural y comprensible al pescador o el marinero” (p. 401), para quienes, dice a renglón seguido, la “compulsión pertenece a la naturaleza” (p. 401). Ambos ejemplos, el de Madagascar y el de Sunderland, muestran la manera en la que los ciclos naturales pautaban los tiempos del trabajo y de la vida doméstica.

El camino recorrido para llegar a la desnaturalización del tiempo requirió de la aparición de medidores de tiempo que se basaban en la disminución de algún material, como los relojes de arena y de agua. Para entender esto basta citar como ejemplo el reloj de agua de Cicerón, pues a través de este se creó una medida objetiva —lo que duraba la misma cantidad de agua en caer— que indicaba la “duración de un discurso ante el tribunal” (Koselleck, 2007, p. 323). Por su parte, la invención del reloj solar condujo a la abstracción del tiempo que antes estaba ligado a factores mucho más variables, dependientes de la percepción de los sujetos y de cómo su entorno natural los afectaba. El tiempo se medía cualitativamente dependiendo de cómo afectaban los ciclos estacionales, o el clima a una locación en específico. Gracias a los relojes solares fue posible dividir el trascurso del día en partes iguales y crear un marco de referencia común que hizo depender el tiempo de una constante: la sombra que proyectaba el Sol a determinada hora del día. Finalmente, todas las medidas de tiempo antiguas se sincronizaron en un proceso a largo plazo que inició con la incursión del reloj mecánico en el Siglo XIV y terminó con la invención de un itinerario único para la red ferroviaria en el siglo XIX. A través del reloj, los trabajadores de la incipiente sociedad industrial fueron disciplinados, de tal forma que su trabajo ya no dependía de los ciclos de la naturaleza, sino de los de la máquina. Para ese entonces, la metáfora del mecanismo del reloj expresó la función del tiempo como una fuente de orden y disciplina en el mundo laboral humano. Aunque esta racionalización del mundo laboral por medio del reloj no indica la experiencia de la aceleración, es uno de los primeros pasos que contribuyen a la desnaturalización del tiempo, que, posteriormente, derivará en la experiencia de la aceleración.

La aceleración del tiempo histórico fue expresada con éxito mediante la metáfora de la Locomotora. Gracias a la velocidad de sus recorridos, esta lograba acortar trayectos y ahorrar tiempo al compararla con otros medios de transporte que estaban limitados por la fuerza de los animales como el caballo, o por el clima. La llegada de la red ferroviaria es el evento que más contribuye al proceso de la desnaturalización del tiempo por dos motivos. En primer lugar, porque es el indicador de la superación de las cotas impuestas por la naturaleza en términos del transporte. Esto, ya que, la Locomotora genera su movimiento gracias a la energía de un combustible fósil; una materia muerta que, mediante un proceso ideado por el ser humano, genera un nivel de energía capaz de reemplazar y superar la fuerza de la naturaleza. En segundo lugar, porque la red ferroviaria creó un itinerario unitario para sus recorridos. A través de este, el curso del día se dividió en veinticuatro horas iguales entre sí. Este sistema de horas del ferrocarril borró las fronteras entre el día y la noche, sincronizó sus tiempos y abrió la posibilidad de las jornadas nocturnas para el trabajo fabril; un trabajo delimitado por ritmos artificiales.

En el contexto empírico de la Revolución Industrial se vivió la verdadera experiencia de la aceleración técnica. Una mirada al pasado premoderno aclarará la primera sentencia de este párrafo. Como lo afirma Koselleck (2007), en la época preindustrial, se dieron algunos avances que implicaron la reducción del tiempo invertido en el transporte, las telecomunicaciones y en la producción de mercancías. Por mencionar algunos ejemplos, la “velocidad media de los carruajes particulares en las carreteras francesas aumentó a más del doble entre 1814 y 1848” (p. 326); se inventó el telégrafo en 1810 que disminuyó las demoras en la comunicación; y se inventó el “*clipper*, un velero angosto de mástiles altos que hacía en 90 días el viaje (de 19.000 km) de Nueva York a San Francisco, pasando por el cabo de Hornos, en lugar de los 150 a 190 días anteriores” (p. 327). Sin embargo, la naturaleza seguía imponiendo sus límites. Pues se podían mejorar las carreteras, pero la fuerza del caballo estaba limitada por la naturaleza. Se podían mejorar los veleros, pero “su velocidad dependía finalmente de los favores del viento” (p. 328). También se podía innovar con la telegrafía óptica, pero “la transmisión fracasaba al caer la noche y en el día con la lluvia y las nubes” (p. 328). La experiencia genuina de la aceleración surge cuando se traspasa ese umbral y el ser humano se independiza de los límites impuestos por la naturaleza, como lo ilustra el caso del ferrocarril.

La aceleración del cambio histórico tiene una estrecha relación con la desnaturalización del tiempo, pues este fue el proceso que condujo a la invención de ritmos artificiales que acortaron la duración de los procesos. Por nombrar un caso, el trabajo nocturno, diametralmente opuesto al trabajo agrícola, aumentó la celeridad de la producción de mercancías en las fábricas al prescindir de los ritmos naturales. La celeridad con la que la producción de mercancías se vio impactada marca una distancia con el trabajo rural dependiente de ciclos naturales prolongados.

La Revolución francesa y la Industrial dadas en el contexto del *Sattelzeit*, son indicadores y factores de la experiencia moderna de la aceleración. Marx (2015) escribía en su texto *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* que las “revoluciones son las locomotoras de la historia” (p. 134). De acuerdo con Koselleck, lo que subyace a esta afirmación es que el periodo revolucionario vivido en Francia apresuró las transformaciones políticas que se habrían dado en periodos de transición mucho más largos. Con la Revolución francesa se recorrió en unas pocas décadas el trayecto que habría tardado una sucesión de varias generaciones en el mundo premoderno. Esta trajo consigo el apiñamiento de formas de gobierno yendo del despotismo monárquico a la dictadura napoleónica, pasando por la monarquía constitucional, la constitución burguesa y el orden republicano en un periodo menor al de una generación. En este caso, la experiencia de la aceleración no implicó la creación de algo novedoso; lo “propriadamente innovador de esta experiencia revolucionaria francesa reside en que todo ha ido más rápidamente que hasta ahora” (Koselleck, 2003, p. 64). Entonces, la Revolución francesa representó un salto en la historia percibido por la población moderna como la ruptura de los ritmos de cambio político que antes estuvieron pautados por la sucesión generacional de reyes en el Antiguo Régimen.

La revolución Industrial, por su parte, llevó a los modernos a experimentar la aceleración como un aumento de la velocidad en la sucesión de nuevas experiencias a nivel exponencial. Koselleck (2007) afirma que la aceleración solo se da “cuando las tasas que se miden en intervalos iguales de la cronología natural aumentan en orden geométrico y no aritmético” (p. 331). Por ejemplo, cuando la producción de una mercancía aumenta a nivel aritmético es porque, en el mismo intervalo de tiempo (puede ser un mes), la producción de un artículo crece de manera constante, lo que indica que el aumento de la producción es progresivo, más no acelerado. Ahora bien, lo que indica la experiencia de la aceleración es un aumento de la velocidad a nivel exponencial en el que la producción podría multiplicar su velocidad gracias a las máquinas. Koselleck (2007) documenta

esto a través del caso de la fabricación de pianos entre los siglos XVIII y XIX. Sobre 1750, “un fabricante de pianos producía anualmente alrededor de 20 instrumentos. Broadwood fabricó en Londres, gracias a la producción mecanizada de los marcos metálicos, en 1802 400 y en 1825 1000 pianos al año” (p. 330). Esto muestra que la producción se multiplicó cincuenta veces en menos de un siglo. Lo que trajo como consecuencia que las grandes piezas musicales de Beethoven fueran tocadas antes de lo previsto en muchos más hogares europeos. Esta experiencia se extendió a la industria textil, el mundo editorial, la transmisión de noticias, entre otros escenarios en los que se rebasaron los límites de la naturaleza; situación que en oposición al pasado ubicaba a la modernidad en la cumbre del avance civilizatorio.

En el contexto empírico del *Sattelzeit* la duración de los órdenes políticos y las innovaciones tecnológicas se comprimió. Los lapsos entre una experiencia novedosa y otra empezaron a ser más cortos. En esto consistió la experiencia de la aceleración del tiempo histórico. No se trató de un acortamiento del tiempo físico, esto es, la reducción de la duración del día o de las horas, sino de una reducción de la duración de los intervalos entre un cambio histórico y otro. Esto dio como resultado una época densa, marcada por el apiñamiento de nuevos acontecimientos en el ámbito político con la Revolución francesa y en el técnico con la Industrial.

Los siguientes figuras muestran la comparación entre la centuria que va de 1650 a 1750, considerada desde la óptica koselleckiana como parte del tiempo premoderno, y la centuria del *Sattelzeit*, que va de 1750 a 1850, en la que se da el fenómeno de la aceleración. El primer ejemplo (figura 1) muestra que en Francia el régimen político se mantuvo constante en más de 10 siglos, lo que se asocia a un tiempo no acelerado. El segundo (figura 2) refleja las múltiples formas de gobierno que tuvo Francia entre 1789, año de inicio de la Revolución francesa, y 1804, año en que Napoleón fue coronado emperador. Aquí es posible observar por qué se dice que la modernidad fue una época acelerada. En el primer caso, no hay acontecimientos fechados que muestren cambios de régimen político. A través del ejemplo es posible afirmar que la premodernidad francesa se caracterizó por la estabilidad de su estructura política, pues un periodo superior a mil años no reportó cambios en su sistema de gobierno. En cambio, durante la modernidad se dio el apiñamiento de formas de gobierno. Por ello, aparecen fechadas en la línea de tiempo múltiples transformaciones políticas en una centuria.

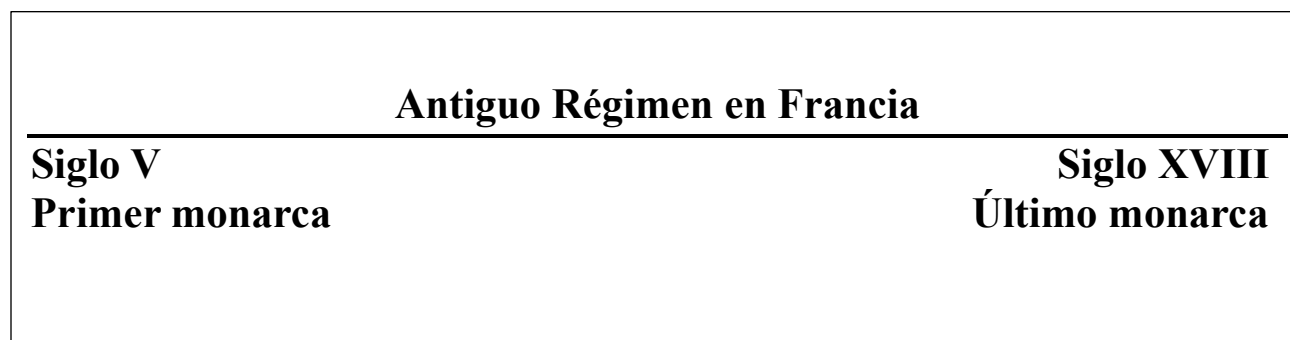


Figura 1. Línea de tiempo que muestra que la monarquía fue la única forma de gobierno en Francia desde el siglo V hasta el siglo XVIII. Fuente: elaboración propia.

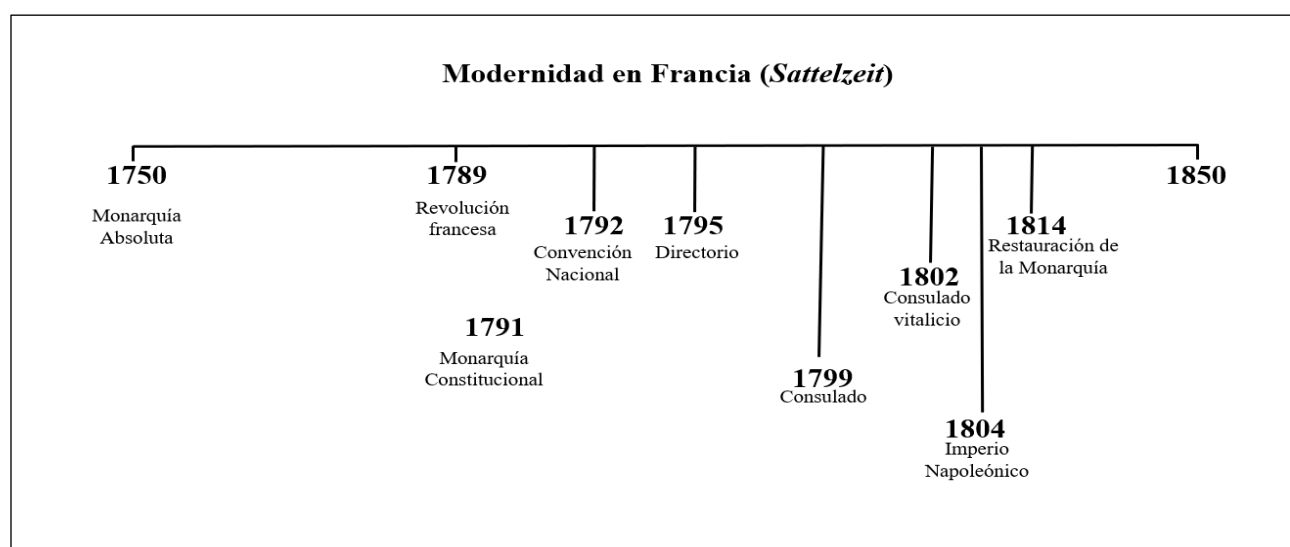


Figura 2. Línea de tiempo que muestra la aceleración en los cambios de régimen político en Francia producida durante el periodo de 1750 a 1850. Fuente: elaboración propia.

2.3.1 Las Consecuencias de la Aceleración

La aceleración es el fenómeno que comprime la duración de los niveles estructurales subyacentes a cada historia particular, en el caso de la Revolución francesa, las instituciones políticas y sociales fueron desplazadas de manera rauda en un periodo muy corto, como se vio en el esquema anterior. Por su parte, la Revolución Industrial muestra un comportamiento similar, llevando a la sociedad europea a desplazar los antiguos ritmos del transporte, la comunicación y el trabajo agrícola. El propósito de ambas revoluciones era el de conseguir de manera acelerada el “progreso” de la humanidad, tanto en términos políticos, al desmontar la forma de gobierno habitual, así como en términos técnicos, al superar los obstáculos que la naturaleza le imponía a la comunicación, el

transporte y el trabajo. En otras palabras, las revoluciones del *Sattelzeit* buscaban dejar las premisas del mundo premoderno en el pasado, para reemplazarlas por unas nuevas sobre las que podría construirse un futuro prometedor.

Tanto la aceleración política como la técnica trajeron consigo un componente de desconocimiento que revela la incapacidad del ser humano de adaptarse a la velocidad con la que surgieron los cambios históricos en la modernidad. Esto se hace patente con la experiencia de los franceses, quienes a nivel político vivenciaron la ruptura de su espacio de experiencia por los múltiples cambios que la Revolución impuso sobre las estructuras políticas y sociales que se habían mantenido indemnes a largo plazo. Como muestra de lo anterior, Koselleck (2007) cita un fragmento de uno de los discursos proferidos en el Consejo de los quinientos (una de las cámaras del poder legislativo francés que tuvo lugar en el periodo de la Constitución como reemplazo del reinado del terror de Robespierre). Según los legisladores franceses, los cambios políticos anejos a la Revolución eran percibidos desde afuera como un espectáculo en el que Francia parecía estar dividida en dos naciones enemigas: una monárquica y otra republicana. En esa dicotomía, una “nación sigue el reino de la filosofía, la otra sus prejuicios; una la libertad, la otra la servidumbre” (p. 333). El enfrentamiento entre la república y la monarquía había arrinconado a los franceses a vivir “el intervalo de dos siglos entre los habitantes de una misma patria” (p. 333). La última sentencia es esclarecedora y encierra el sentido de la experiencia de la aceleración histórica, pues la población francesa vivió en un periodo menor al de una generación las transiciones políticas que, sin la experiencia revolucionaria, se habrían vivido en varias.

Desde la óptica de Koselleck (2007) se puede describir la experiencia de la aceleración de los franceses como “la simultaneidad cronológica de lo que en lo político y social no es simultáneo” (p. 333). Se trata de la discordancia entre las tradiciones políticas enquistadas, dado que han sido experiencias de larga duración, y los cambios que hacían parte de las expectativas que habrían de ser conquistadas en la coyuntura revolucionaria. Esa asincronía es una de las maneras en las que la aceleración es percibida por la población, como la experiencia de vivir entre dos épocas sin poder adaptarse a ninguna.

Por su parte, la aceleración experimentada a nivel tecnológico también revela un componente de desconocimiento que afectó la percepción de los sujetos modernos. Esto es expresado lúcidamente por uno de los personajes de Goethe, quien se siente consternado porque su época le había revelado

que “ya no se puede aprender para toda la vida”, a renglón seguido dice, “nuestros antepasados se atuvieron a la instrucción que recibieron en su juventud; pero nosotros tenemos que aprender de nuevo cada cinco años si no queremos volvernos totalmente obsoletos” (Goethe en Koselleck, 2007, p. 332). Esta experiencia de la obsolescencia de los conocimientos transmitidos por las generaciones anteriores indica la celeridad de los cambios posibilitados por el horizonte de expectativa moderno. En la modernidad, “los ritmos de tiempo del aprender-de-nuevo”, afirma Koselleck (2007), se hicieron “cada vez más cortos, lo que produce la experiencia de un cambio acelerado” (p. 332). Esta experiencia de asincronía frente al nuevo saber es una de las consecuencias de mayor calado en la vida privada de los sujetos modernos a causa de la aceleración.

La experiencia del desconocimiento desencadenó la incertidumbre respecto al porvenir. El horizonte de expectativa secularizado hizo posible que, por primera vez, la población moderna fuese consciente de la constructibilidad del futuro, un tiempo en el que se hallaba el “progreso” político y técnico de la humanidad. Pese a que el proyecto moderno fue prometedor porque abrió la posibilidad de un futuro en el que se iban a alcanzar la justicia social y los avances técnicos, el mandato de la aceleración impidió echar raíces a las nuevas estructuras que reemplazaron las obsoletas. El resultado: sociedades sin rumbo, incapaces de consolidar sus iniciativas políticas o de adaptarse con éxito a la novedad precipitada por la aceleración técnico industrial.

La desconexión entre la experiencia y la expectativa propia del *Sattelzeit* llevó a las sociedades modernas a la incertidumbre sobre el porvenir. El futuro, radicalmente nuevo, ya no era legible en el espacio de experiencia premoderno. En consecuencia, cabía esperar algo distinto a lo ya sucedido, pero no había certeza sobre lo que podría llegar a suceder. Al eliminar la continuidad entre la experiencia y la expectativa se volvió imposible prever de manera acertada lo que estaba por llegar. Esto tiene una explicación teórica desde la perspectiva de los estratos del tiempo. En efecto, cada vez que las estructuras de repetición son reemplazadas por nuevas premisas que no logran asentarse y prolongar su duración, se pierde el marco que circunscribe las historias posibles. Una vez se desmorona ese marco se pierde la capacidad de anticipar lo que sigue y esto deja a la humanidad en un lugar desfavorecido, pues ya no se puede planificar acorde a las proyecciones para evitar que los acontecimientos tengan desenlaces inesperados. La aceleración de las

estructuras de repetición es el fenómeno que nos despoja del marco que nos permite prever lo que ocurrirá, por ese motivo se la asocia a la catástrofe y a la crisis del futuro.

La capacidad de anticipar lo que está en el porvenir es importante porque del futuro también se pueden extraer pautas que guíen la agencia de los sujetos hacia una meta establecida. Koselleck (2003) retoma los planteamientos de Kant respecto a la centralidad de la previsión. La capacidad de prever es la “condición de toda posible acción y de los fines a que el hombre endereza el empleo de sus fuerzas” (Kant en Koselleck, 2003, p. 76). Dado que para las y los seres humanos es imposible experimentar el futuro, el único camino que queda libre es el de su previsión. A esto se le conoce como el arte de la prognosis.

Como lo afirma Koselleck (2003) el éxito de la prognosis radica en una única regla formal: “la escala de los enunciados sobre el futuro se extiende desde los pronósticos absolutamente seguros a aquellos de contenido altamente improbable” (p. 78). Dentro de los primeros se encuentran aquellas condiciones que difícilmente cambian como las condiciones naturales, que difícilmente podríamos modificar. Dentro de los segundos están aquellas decisiones políticas que dependen de factores extremadamente contingentes. Cuanto “más nos alejemos de datos a largo plazo referidos a circunstancias naturales y concentremos nuestras predicciones en situaciones políticas, tanto más difícil sería el arte de la prognosis” (p. 78). Por ejemplo, podemos prever aquellos fenómenos climáticos que ocurren con regularidad. Sin embargo, no podemos saber con certeza qué decisiones políticas se tomarán al respecto, ni si estas salvarán o no a las poblaciones que se puedan ver afectadas. Esto quiere decir que el éxito de los pronósticos está sujeto a la continuidad de las estructuras de repetición, por lo que entre más inestables sean las estructuras de una época más lejana es la posibilidad de acertar en la prognosis. Dicho esto, la modernidad es una época en la que se pierde la capacidad de prever el futuro, pues la aceleración logró deteriorar las estructuras de repetición que garantizaban el mínimo de continuidad necesario para construir pronósticos acertados.

El imperativo de la aceleración ha socavado la continuidad de las estructuras de repetición conduciéndonos a una crisis del tiempo futuro. En la actualidad el problema va más allá de la inestabilidad política y social que se desprende de la aceleración de las estructuras que delimitan el espacio de experiencia, pues la aceleración técnica ha llegado a afectar incluso aquellos

presupuestos naturales que se suponían inalterables. En lo que sigue, se le da continuidad a este planteamiento.

3. El Futuro en Crisis

En el capítulo anterior se describieron los cambios semánticos de algunos de los conceptos fundamentales del *Sattelzeit: historie, Geschichte*, “progreso” y “secularización”. A través de este rastreo se delimitaron las características de la experiencia moderna del tiempo histórico, o haciendo referencia a la herramienta heurística de François Hartog, se describieron los rasgos propios del “régimen de historicidad” moderno. En primer lugar, el tiempo moderno es secular, es decir, es un tiempo creado por la agencia humana, no por Dios. En segundo lugar, es irreversible, esto quiere decir que es lineal y posee un único curso. En tercer lugar, es teleológico, *i.e.*, avanza en una sola dirección hacia el “progreso”, mientras busca superar el espacio de experiencia previo. En cuarto lugar, es acelerado, pues privilegia el cambio por encima de la continuidad histórica. En quinto y último lugar es imprevisible, dado que la aceleración impide que se dé una experiencia de continuidad a partir de la que se pueda columbrar lo que está en el porvenir.

Una vez delimitadas las características del “régimen de historicidad” moderno, el tercer capítulo se ocupa de mostrar las afinidades existentes entre la experiencia del tiempo moderna y la actual. De las características del tiempo moderno, mencionadas anteriormente, se sostiene que la aceleración continúa explicando la experiencia contemporánea del tiempo. Siguiendo esa línea, el capítulo explora de qué manera se manifiesta el fenómeno de la aceleración en nuestros días y cuáles son los nuevos alcances que ha desplegado tanto a nivel histórico como a nivel metahistórico. Con esto se hace referencia a las modificaciones que la aceleración sigue generando en los estratos del tiempo histórico, así como de las condiciones metahistóricas que sostienen la experiencia histórica y la vida de la especie humana en el planeta Tierra.

Para ello, se propone el siguiente orden: en el primer apartado de este capítulo se exponen cuáles son las características del “régimen de historicidad” moderno que han perdido vigencia contemporáneamente. Luego se examina la aceleración como uno de los rasgos que continúa influyendo en la experiencia del tiempo actual. Para ello, el análisis de la aceleración se divide en dos partes. En la primera se muestra de qué manera el apiñamiento de nuevos descubrimientos científicos y tecnológicos nos ha llevado a erosionar las estructuras de tipo histórico que organizan la vida social. En la segunda, se lleva el análisis más allá del tiempo histórico mostrando que la aceleración está socavando aquellos factores metahistóricos sobre los que descansan tanto la posibilidad de la experiencia histórica, como la posibilidad de la vida de la especie humana en el

planeta. En síntesis, se expondrán los alcances que la aceleración técnica ha desplegado al punto de situarnos en una crisis del tiempo futuro que sobrepasa el dominio del tiempo estrictamente histórico.

3.1 El Régimen de Historicidad Moderno en la Actualidad

La modernidad despidió en un acto fúnebre al *topos* ciceroniano de la “historia *magistra vitae*”, por tanto, la posibilidad de extraer enseñanzas del pasado quedó descartada. Dado lo anterior, la experiencia perdió la capacidad de alumbrar la expectativa, pues el pasado y el futuro dejaron de coincidir. De su desfase nació el “progreso” que, como metáfora, sugería dar pasos hacia adelante. La *Neuzeit* trató de cerrar la brecha que se abrió en el *Sattelzeit* entre la experiencia y la expectativa a través del “progreso”. Este último se convirtió en la nueva brújula que orientó a los modernos y modernas hacia un futuro nuevo. Si el pasado ya no revelaba nada certero sobre lo que habría de suceder, si de la experiencia no se podía extraer ninguna lumbre, entonces la humanidad debía dejar de mirar hacia atrás para descubrir un futuro abierto y secularizado. Durante el *Sattelzeit*, el futuro fue predominante porque prometió la conquista de una vida mejor aquí en la Tierra. Esta afirmación, adecuada para lo que se vivió entre 1750 y 1850, es insostenible, por lo menos categóricamente, en nuestros días.

El “régimen de historicidad” moderno, y cualquier otro, diría François Hartog (2007), “nunca ha sido una entidad metafísica, descendida del cielo y de alcance universal” (p. 132). Así lo muestra el “giro hacia el pasado” del último cuarto del siglo XX, que llevó a historiadores e historiadoras, filósofos y filósofas, a cuestionarse tanto por el pasado histórico, como por “las otras formas de traer el pasado al presente” (Mudrovic & Rabotnikof, 2013, p. 9), como la conmemoración y la memoria. El viraje hacia el pasado es una muestra del inconformismo hacia el presente, entendido este como el resultado de las grandes directrices del proyecto moderno. Tal descontento frente al presente surge de las cicatrices de las dos guerras mundiales, que llevaron a sobrevivientes y a sus hijos e hijas a cuestionar el pasado mediante la historiografía y la memoria. De acuerdo con Hartog (2007), desde la segunda mitad de los años setenta se empieza a ver la preocupación en la sociedad europea por la “conservación (de monumentos, de objetos, de formas de vida, de paisajes, de especies de animales)” (p. 143), lo que sustituyó políticas urbanas que buscaban borrar del mapa los restos del pasado. Por ejemplo, en 1997 en Francia, el Primer Ministro emitió dos circulares, según lo detalla Hartog (2007), en las que se confirmaba el deber de la República de preservar la

memoria de los acontecimientos ocurridos entre 1940 y 1945, por lo que se derogaban las cláusulas que impedían la consulta de archivos. Esto con el fin de garantizar la transparencia a las víctimas. Este es uno de los indicios de que la centralidad que el futuro tuvo en la modernidad le había cedido el terreno al pasado.

De manera semejante, el giro temporal al que se ha abocado la teoría histórica desde finales de los años ochenta ha contribuido a “dejar al descubierto el carácter cultural y contingente de la articulación entre pasado, presente y futuro de la concepción, tradicionalmente aceptada, de tiempo histórico” (Mudrovic, 2023, p. 2). De allí se sigue que la homogeneidad e irreversibilidad del tiempo moderno tampoco es una premisa avalada por la experiencia actual. Es más, con el giro temporal, se descubre un tiempo heterogéneo, plural y kairológico, que se contrapone al irreversible tiempo moderno. Entonces, ¿qué nos queda del “régimen de historicidad” moderno?

La respuesta es: la aceleración. A simple vista, este planteamiento parece contraintuitivo, ya que hoy en día se pueden observar manifestaciones de ralentización en algunos procesos y fenómenos sociales. Por nombrar un caso, el actual descenso en las tasas de natalidad es una muestra de desaceleración. Sin embargo, esto no es argumento suficiente para negar la vigencia de la tesis de la aceleración. Uno de los receptores de Koselleck que se ha encargado de hacer hincapié en esta idea es el sociólogo alemán Hartmut Rosa (2011), para quien la aceleración y la desaceleración se dan de manera simultánea.

Existen, según Rosa (2011), formas variadas de ralentización que conviven con el bólido de la aceleración y no le restan fuerza. Se mencionan tres casos: el primero se refiere a aquellos fenómenos que cuentan como una “*consecuencia no intencionada* de la aceleración” (p. 27), v.g. los atascos en el tráfico, las recesiones económicas, el desempleo, o la reducción de las tasas de natalidad en periodos de crisis. El segundo son los fenómenos de desaceleración intencionales que son útiles tanto para aquellos interesados en mantener el sistema de la aceleración, como para aquellos interesados en hacerle contrapeso. Ejemplos de ello son, por una parte, los tiempos que la gente se toma de retiro para poder “volver al ruedo” y aumentar la productividad, con lo que buscan “preservar la capacidad de funcionamiento y posterior aceleración dentro de los sistemas aceleratorios” (p. 28). Por otra parte, aquellas manifestaciones que buscan deliberadamente hacer contrapeso a la aceleración como los movimientos de ecología profunda. El tercero son las ralentizaciones que imponen los “límites de velocidad *naturales y antropológicos*” (p. 27), v.g.,

los límites de procesamiento de nuestro cerebro, o el tiempo que tardan en reproducirse los recursos naturales.

Las manifestaciones de desaceleración en la sociedad mencionadas no implican, según Rosa (2011), la negación de la aceleración. Al contrario, la reafirman, pues, los fenómenos del primer grupo solo son efectos colaterales de la aceleración. Los del segundo, o bien son estrategias para permitir que la aceleración siga su curso, o bien son críticas al sistema de la aceleración que no tienen un alcance significativo. Por último, los del tercero, señalan los límites que la naturaleza impone a la aceleración que, actualmente, están siendo desplazados a través de la tecnología y la ciencia. En efecto, de las cuatro características del régimen de historicidad moderno, la aceleración es la que explica de manera más acertada la crisis del futuro que vivimos en la actualidad, pese a que coexistan con ella muestras de ralentización. En lo que sigue se exponen argumentos que respaldan esta afirmación.

La experiencia de desadaptación producida por la aceleración técnica es más que habitual en nuestros días y esto ha generado cambios en las estructuras sociales como el trabajo y la familia. Desde una perspectiva sociológica, Hartmut Rosa (2011) da cuenta de los efectos que la aceleración técnica ha impreso sobre las estructuras en las que se organizan los procesos de producción y reproducción. Por ejemplo, en la premodernidad, “la típica estructura familiar ideal de las sociedades agrarias tendió a permanecer estable a lo largo de los siglos, con una renovación generacional dejando las estructuras básicas intactas” (p. 17). Luego, en la modernidad clásica, la estructura familiar solo duraba una generación: “se organizaba en torno a una pareja y tendía a desaparecer con la muerte de la pareja” (p. 17). En la actualidad vemos cómo los núcleos familiares se desmoronan en un tiempo menor al de la vida de una persona. Las “tasas crecientes de divorcio y segundos matrimonios son la prueba más obvia de eso” (p. 17). Del mismo modo, la estructura laboral revela un comportamiento acelerado. Pues, mientras en el mundo premoderno, “el hijo heredaba la ocupación del padre” (p. 17), en la “modernidad clásica, las estructuras ocupacionales tendieron a cambiar con las generaciones: hijos (e hijas) eran libres de elegir su propia profesión” (p. 18). A partir de la modernidad tardía, que es como Rosa llama la época actual, el cambio de ocupación se ha acelerado aún más, al punto de tener que desempeñar más de un oficio a lo largo de la vida. En síntesis, la aceleración nos ha conducido a vivir varias vidas en una sola.

También el campo de la política se ha visto afectado por la aceleración. De acuerdo con Rosa (2011), estamos presenciando un cortocircuito en el sistema político, porque este es incapaz de seguirle el paso a la aceleración que plantean los demás sectores de la sociedad. Los ámbitos de la vida social que requieren de legislación se multiplican, el sector tecnológico y el desarrollo científico requieren de la renovación o la construcción de nuevos marcos legales que regulen sus estudios y proyectos. Asimismo, “las condiciones del contexto cambian rápidamente y los horizontes temporales en los que los efectos políticos pueden ser racionalmente planeados y controlados se contraen continuamente, cada vez menos cosas se pueden regular de forma duradera y efectiva” (p. 39). Por consiguiente, la política se ha transformado en “un mero ‘salir del paso’ (descrito por Luhmann como la primacía del corto plazo) con soluciones cada vez más provisionales” (p. 39), perdiendo de vista los efectos que estas pueden tener a medio y largo plazo.

Resulta llamativo, según Rosa (2011), que una sociedad como la actual, en la que se ha alcanzado un nivel de control frente al destino humano sin precedentes, “(principalmente, por supuesto, en forma de ingeniería genética)” (p. 40), haya perdido la posibilidad de planificar a nivel político las estrategias para hacer frente al tiempo futuro. Tal es el alcance de la crisis en la que nos ha sumido la erosión de las estructuras de repetición históricas que han organizado la vida social. En lo que sigue, la argumentación cambia de foco, pues mientras en este acápite el peso de la prueba de la aceleración recayó en el análisis sociológico, en lo sucesivo se hace hincapié en la experiencia de la aceleración contemporánea desde la perspectiva de los “estratos del tiempo”. Esto con el fin de introducir una deriva adicional de la aceleración en la actualidad, *i.e.* la erosión de aquello que Koselleck llamó las condiciones de posibilidad de la experiencia histórica.

3.2 La Aceleración en los Estratos del Tiempo

La teoría de los “estratos del tiempo” fue formulada por Koselleck como una vía alternativa que puso de manifiesto la heterogeneidad de la temporalidad histórica. Las coyunturas, las estructuras de repetición y los depósitos de experiencia son los tres niveles involucrados en esa temporalidad múltiple que constituye la experiencia antropológica del tiempo. El análisis de la aceleración que propone el historiador alemán contempla las modificaciones sufridas por las estructuras de repetición y por los depósitos de experiencia durante el *Sattelzeit*. De este análisis se desprendió la preocupación por la posibilidad del tiempo futuro, pues la aceleración habría socavado los estratos estructurales despojando de continuidad al espacio de experiencia moderno. A

continuación, se repasan las características de los estratos del tiempo de índole estructural, para posteriormente, desglosar la argumentación en torno a su aceleración.

Para iniciar, en el largo plazo se encuentran dos estratos temporales que deben diferenciarse teóricamente. En primer lugar, se encuentran los factores metahistóricos que están fuera del dominio humano, pero que son condición de posibilidad de la experiencia antropológica del tiempo. De acuerdo con Koselleck (2020), son estructuras “cuya duración se sustrae de la aprehensión humana” (p. 121) porque tienen dimensiones que la exceden, y solo dependen del orden natural. Allí encontramos condiciones metahistóricas en las que se distinguen dos tipos: A) los tiempos naturales preexistentes en los que están los ciclos astronómicos y geológicos, por nombrar un par de casos.¹⁶ B) las constantes biológico-antropológicas que, independientemente del contexto temporal y geográfico de cada sujeto particular, se plantean como condiciones de posibilidad de la experiencia histórica.¹⁷

En segundo lugar, están los depósitos de experiencia de larga duración que surgen de la asimilación consciente que los seres humanos hacen de las condiciones naturales y de las constantes biológicas y antropológicas. En este caso, se hace referencia a la forma en que los factores metahistóricos han sido racionalizados y ritualizados a través de la cultura. En *Los estratos del tiempo*, el historiador alemán los llama fenómenos “trascendentes” (2001, p. 41), no en el sentido metafísico, sino en la medida en que “rebasan los límites de las generaciones presentes” (p. 42). Un ejemplo de ello son los calendarios, que denotan los esfuerzos de la humanidad por asimilar y dar sentido al movimiento de rotación de la Tierra (una condición natural independiente de la agencia humana). Todas las culturas han creado estructuras análogas a los ciclos de la naturaleza para organizarse y para cubrir sus necesidades, como, por ejemplo, la agricultura y la estructura familiar. Lo mismo podríamos decir de la guerra, que es una de las formas en las que la humanidad ha ritualizado el

¹⁶En el texto *Introducción a estratos del tiempo* (2020), Koselleck afirma lo siguiente: “los tiempos históricos se distinguen fundamentalmente del tiempo condicionado por la naturaleza, incluso aunque ambos se influyan entre sí. Las órbitas circulares del sol, los planetas, la luna, las estrellas o la rotación de la Tierra suponen medidas de tiempo constantes: años, meses, días y ‘constelaciones’, así como el orden sucesivo de las estaciones del año” (p. 120). A renglón seguido agrega que dichos ciclos surgen dados a la humanidad aunque culturalmente se llenen de distintos sentidos. El término que emplea para denominar el tiempo condicionado por la naturaleza es *vorgegebene Naturzeiten* (tiempos naturales preexistentes).

¹⁷ En *Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia* (2013), el historiador alemán afirma que en este grupo están, por un lado, las “premisas de la naturaleza humana, que —en diferentes dosis— compartimos con muchos animales” (p. 138), v.g. la reproducción, el nacimiento y la muerte, las distintas maneras de satisfacer necesidades, entre otras. Por otro lado, añade “tres determinaciones fundamentales de carácter formal” (p. 138) (superior-inferior, interior-exterior y anterior-posterior), de las que brotan las historias singulares.

par categorial dentro-fuera, que hace parte de las constantes biológico-antropológicas que prefiguran la experiencia histórica. Otro ejemplo de ello es el deseo, que es la forma en la que algunas culturas han ritualizado la reproducción (una constante biológica).¹⁸

Adicional a lo anterior, Koselleck (2020) menciona que en el abanico de estratos temporales se pueden diferenciar estructuras de repetición, estrictamente humanas, que garantizan la estabilidad de la vida institucional. Por ejemplo, los dogmas religiosos cobran legitimidad por la repetición. También las costumbres y las leyes se vuelven un marco normativo que garantiza el orden y la justicia en función de su aplicación constante. Lo mismo vale para las formas de gobierno, las constituciones, los sistemas económicos, el trabajo, y las organizaciones políticas y sociales, pues estas dependen de unos mínimos de repetición para poder ser adaptadas en cada caso particular. El lenguaje, por su parte, muestra un comportamiento análogo, pues cada oración que tiene un contenido novedoso depende de una semántica y una sintaxis estables, en las que reposa la posibilidad de comprender el mensaje.

Las estructuras de repetición, descritas anteriormente, circunscriben el campo de las historias posibles. De acuerdo con Koselleck (2020), estas “permiten, condicionan y limitan las posibilidades de la acción a la vez que la liberan” (p. 122). Todo acontecimiento particular ya está contenido en esas condiciones subyacentes, no hay ninguna historia particular que pueda salirse de ese marco. Por ejemplo, si una condición metahistórica a la que están sujetos todos los seres humanos es el reloj biológico, ninguna historia posible podría imaginarse fuera de ese límite, a menos que fuera parte de un relato de ciencia ficción. Tampoco podría pensarse una historia singular fuera del marco del lenguaje. Ninguna historia particular puede infringir esos presupuestos iterativos, por ello, se afirma que son condiciones de posibilidad de la experiencia histórica.

Cada historia particular muestra la interacción entre el cambio, propio del nivel coyuntural, y la duración, propia de las estructuras de repetición y los depósitos de experiencia. Esa es la premisa fundamental de los estratos del tiempo. De acuerdo con Koselleck (2013), si “todo se repitiera de igual manera, no habría lugar para ninguna transformación, ni tampoco para la sorpresa” (p. 128). En cambio, si “todo fuera siempre novedoso o innovador, la humanidad se precipitaría de un día

¹⁸ En el ensayo *Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia* (2013), Koselleck menciona: “Por más que la pulsión sexual haya sido orientada de diferentes maneras según la etnia, o haya sido dirigida y encuadrada culturalmente en diferentes formas, la diferencia y la tensión sexual provocan con cada nuevo comienzo una repetición sin la cual no existirían ni el género humano, ni sus historias” (p. 126).

para otro desamparada y desprovista de toda orientación, en un agujero negro” (p. 128). Por lo tanto, un enfoque historiográfico que tiene en cuenta ambos polos es crucial para poder entender los acontecimientos que vivencian los agentes particulares en el marco de sus condiciones de posibilidad. Ganando con ello una perspectiva capaz de explicar de qué manera sus historias singulares están limitadas por estructuras de repetición, aunque sigan sujetas, en parte, a factores azarosos. Del análisis de la interacción entre permanencia y cambio surgen diagnósticos sobre la manera en la que experimentan el tiempo las comunidades.

El diagnóstico de la modernidad que arroja la perspectiva de los “estratos del tiempo” muestra, de acuerdo con lo afirmado por Koselleck (2013), que en esta época se privilegió el cambio por encima de la permanencia, o la ruptura por encima de la continuidad. Esto es lo que se conoce como el fenómeno de la aceleración. Este aparece cuando “en una serie comparativa, los elementos que se repiten lo hacen cada vez menos que antes y aparecen en cambio elementos novedosos que van despachando las premisas anteriores” (p. 129). En esos casos, lo que se percibe en el carril de los acontecimientos es una yuxtaposición de novedades, sin que ninguna adquiera la cualidad de una estructura. De este modo, lo ocurrido en la Revolución francesa y en la Industrial son muestras de la aceleración, pues los estratos del tiempo que tendían a la permanencia se convirtieron en coyunturas.

La tesis de la aceleración koselleckiana contempla los efectos que se siguen de reemplazar, en intervalos cada vez más cortos, las premisas estructurales que son condición de posibilidad de las historias singulares. En la actualidad, la aceleración técnica ha llegado a modificar aquellos factores metahistóricos entre los que se encuentran, por una parte, las constantes biológico-antropológicas, que prefiguran la experiencia histórica, y los factores metahistóricos (la posición de la tierra respecto al Sol, el clima, etc.) en los que reposa la posibilidad de la existencia de la especie humana.

Un concepto clave para respaldar esta hipótesis es el del Antropoceno. De acuerdo con Crutzen et al. (2011) este señala que “la Tierra está saliendo de su actual época geológica llamada Holoceno”¹⁹ (p. 843) dado que la humanidad “se ha convertido en una fuerza geológica global por sí misma”²⁰

¹⁹ El original dice: “that the Earth is now moving out of its current geological epoch, called the Holocene”. La traducción es mía.

²⁰ El texto original está en inglés y reza lo siguiente: “that human activity is largely responsible for this exit from the Holocene, that is, that humankind has become a global geological force in it’s own right”. La traducción es mía.

(p. 843). Al decir esto Crutzen y sus colegas están afirmando que la humanidad se ha igualado con otras fuerzas que han generado cambios en el tiempo geológico, como la era de hielo que provocó la extinción masiva del Pleistoceno, o aquella fuerza geológica con múltiples nombres (aún no hay un consenso científico al respecto) que provocó la extinción masiva del cretácico.

Tomando como referente el análisis koselleckiano, esto significa que el ser humano ha intervenido el nivel metahistórico en el que se encuentran los presupuestos naturales que posibilitan nuestra vida como especie y, por extensión, nuestra experiencia histórica. Tales presupuestos naturales hacen parte de otras escalas temporales dentro de la que se encuentra el tiempo geológico. Dicho esto, en el siguiente apartado se rastrean las modificaciones que el fenómeno de la aceleración ha generado sobre el tiempo de la Tierra, al punto de contribuir en la emergencia del Antropoceno como una nueva era geológica generada por la humanidad. Reinhart Koselleck no escribió sobre este tema en específico, sin embargo, consideramos que su análisis es pertinente para analizar la aceleración del tiempo geológico. La pregunta eje que guía al lector o lectora en esta parte es: ¿de qué manera la tesis de la aceleración podría explicar la modificación del tiempo geológico que dio paso a la emergencia del Antropoceno?

3.3 La Aceleración y el Antropoceno

La aceleración de las condiciones astronómicas, geológicas, geográficas y biológicas se ha puesto en tensión a través de la hipótesis del Antropoceno. De acuerdo con Crutzen et al. (2011), el Antropoceno es un concepto que pone de relieve “la capacidad de la civilización humana contemporánea para influir en el medio ambiente a escala planetaria” (p. 842),²¹ hasta el punto de alterar el sistema terrestre propio del Holoceno. A través de este concepto se dirige la atención al tiempo geológico.

El engranaje entre ambas tesis, la de la aceleración y la del Antropoceno, nos lleva a cuestionarnos sobre los estragos que la aceleración ha generado, no solo en el tiempo histórico, sino en el tiempo geológico. Iniciemos por una descripción breve del tiempo de la Tierra, que es el lecho en el que descansa nuestra posibilidad de perdurar como especie, y, por extensión, de tener una experiencia antropológica del tiempo. Como lo señala Mendoza (2024), la historia de la humanidad “transcurre en la era Cenozoica, en la que aparecieron en el mundo tanto nuestros antepasados como casi todo

²¹ El texto original dice: “the capability of contemporary human civilization to influence the environment at the scale of the Earth” (Crutzen, et al., 2011, p. 842). La traducción es mía.

lo que todavía nos alimenta” (p. 15). Al interior de esta era, se encuentran los periodos Paleógeno, en el que los mamíferos se diversificaron, Neógeno, en el que vivió Lucy (la abuela de la humanidad), y el actual Cuaternario, en donde apareció la civilización del *homo sapiens sapiens*. El cuaternario se divide, a su vez, en dos épocas: el Pleistoceno y el Holoceno, nosotros y nosotras habitamos en la última. Lo que permitió el paso de la era de hielo del Pleistoceno al periodo cálido del Holoceno fue un cambio climático. Gracias a este nos situamos en “una era interglaciaria desde hace once mil setecientos años” (p. 15), que permitió la emergencia de la civilización humana.

Las fuerzas que han generado los cambios climáticos a lo largo de las eras geológicas han sido de varios tipos. Según Mendoza (2024), algunas “extraterrestres como la explosión de cometas o la reducción de manchas solares” (pp. 15-16), otras astronómicas “que tienen que ver con el lugar que ocupa la Tierra y su posición con respecto al Sol, con la forma de su órbita y con la inclinación de su eje de rotación” (p. 16). Otras causas son geológicas como “los movimientos de placas tectónicas, terremotos, erupciones volcánicas y alteraciones en las corrientes oceánicas” (p. 16). El clima promedio del Holoceno depende de la interacción que tienen los factores mencionados. Para que la Tierra tenga una temperatura media de quince grados centígrados es necesario que ocupe una posición específica en el sistema solar, que su eje sea oblicuo y no perpendicular, que el efecto invernadero y las corrientes oceánicas mantengan el clima de la atmósfera en los niveles promedio del Holoceno, entre otras cosas. De acuerdo con la hipótesis del Antropoceno, la especie humana se ha transformado en un agente geológico que tiene efectos de igual calibre a los de una fuerza geológica como la erupción del Monte Tambora en 1815 que, según el portal web *National Geographic en español* (2021), enfrió el clima de la Tierra medio grado centígrado y fue capaz de sepultar el verano de 1816 en el hemisferio norte.

¿Seremos parte de las fuerzas geológicas que originen la sexta extinción masiva y el fin de nuestra época geológica? De acuerdo con la hipótesis del Antropoceno, la respuesta a esta pregunta es afirmativa. La agencia humana está socavando los parámetros del Holoceno, que funcionan como condiciones de posibilidad de la vida humana en la Tierra. Crutzen y sus colegas (2011) afirman que para mantenernos dentro de los rangos habitables del Holoceno deberíamos prevenir la alteración de los “límites planetarios”. Este concepto indica una serie de nueve umbrales dentro de los cuales la humanidad se encuentra en un espacio seguro, al mantener los ciclos biogeoquímicos de la Tierra en equilibrio. Estos son: a) el cambio climático, b) la tasa de pérdida de biodiversidad,

c) el ciclo del nitrógeno y el ciclo del fósforo, d) la degradación del ozono estratosférico, e) el uso global del agua dulce, f) los cambios en el uso de suelos, g) la concentración de aerosoles atmosféricos y, por último, h) la contaminación por contaminantes químicos.

De dichos criterios, el que ha irrumpido fuertemente en la agenda política por su patente deformación es el del cambio climático. El calentamiento global se vive en todas las locaciones del planeta, por lo que ha pasado a ocupar un lugar importante en las agendas políticas desde la segunda mitad del siglo XX. Este se origina por la acumulación de gases como el dióxido de carbono y el gas metano. Naturalmente, la Tierra necesita de gases que generan un fenómeno llamado efecto invernadero sobre la atmósfera. Según el portal *ciencianasa.gov* (s.f.), estos gases “atrapan el calor como una manta que envuelve la tierra, y mantiene el planeta más cálido”. Sin estos gases el planeta no sería capaz de retener el calor proveniente de la radiación y, por lo tanto, no contaría con una temperatura apta para la vida humana. Sin embargo, para que los gases de efecto invernadero mantengan una temperatura media de quince grados centígrados en la atmósfera es necesario que su concentración sea moderada. Lo que se observa en los últimos tres siglos es que la quema de combustibles fósiles, la deforestación, la ganadería extensiva y otras actividades humanas han propiciado la acumulación de gases de efecto invernadero derivando en el calentamiento global.

La acumulación de gases de efecto invernadero como el dióxido de carbono y el gas metano son apenas el efecto más notorio de las transformaciones provocadas por la agencia humana. De acuerdo con Crutzen et al. (2011), las actividades humanas están “alterando de manera significativa otros ciclos biogeoquímicos o elementales, como los de nitrógeno, fósforo y azufre, que son fundamentales para la vida en la Tierra” (p. 843).²² El ciclo del nitrógeno se ha visto afectado por la producción masiva de fertilizantes que ha llevado a los agricultores a acelerar los procesos de cultivo y a alcanzar niveles de efectividad mayores. Asimismo, la humanidad está “modificando fuertemente el ciclo del agua terrestre al intervenir el flujo de los ríos desde las mesetas hasta el mar y, a través del cambio en la cobertura del suelo, alterando el flujo de vapor de agua desde la tierra hacia la atmósfera” (p. 843).²³ Algunas actividades humanas que han alterado el ciclo del

²² El texto original dice: “humans are (i) significantly altering several other biogeochemical, or element cycles, such as a nitrogen, phosphorous, and sulphur, that are fundamental to life on the Earth.

²³ El original dice: “strongly modifying the terrestrial water cycle by intercepting river Flow from uplands to the sea, and through land-cover change, altering the water vapour flow from the land to the atmosphere.

agua son el riego de cultivos por la agricultura intensiva, la deforestación, la urbanización, entre otras. La alteración de estos tres parámetros (ciclo del carbono, del nitrógeno y del agua) pone en riesgo las condiciones que el sistema terrestre habría adoptado en el paso del Pleistoceno al Holoceno; que son los pilares sobre los que descansa la posibilidad de la vida humana en el estado en el que la conocemos. No se vislumbra un porvenir alentador, pues la modificación del sistema terrestre del Holoceno nos está conduciendo a un daño irreversible sobre la biósfera de la Tierra. ¡El sexto proceso de extinción masiva estaría desencadenándose por la agencia humana!

¿En qué momento nos convertimos en una fuerza geológica? Siguiendo a Crutzen (2002), la capacidad humana de generar cambios a nivel geológico ha sido registrada desde finales del siglo XVIII, cuando los “análisis de aire atrapado en el hielo polar mostraron el comienzo de crecimiento global de concentraciones de dióxido de carbono y gas metano” (p.23).²⁴ Específicamente el lapso estipulado por Crutzen et al. (2011) para el inicio del Antropoceno es la centuria que va de 1750 a 1850,²⁵ postulando el año 1800 como fecha tentativa de inicio. Resulta sugerente que el umbral propuesto para el Antropoceno coincida con el *Sattelzeit* koselleckiano. Este último tiene, de acuerdo con Oncina (2021b), un carácter metafórico que se le antoja provechoso para poner de relieve la aceleración del tiempo moderno. En lengua alemana *Sattel* tiene dos acepciones, una referida al ámbito de la equitación y la otra al de la geografía. En el primer caso, “mienta la silla de montar” (Oncina, 2021b, p. 36). En el segundo caso significa pliegue geológico anticlinal, “paso o puerto de montaña, collado, desfiladero” (p. 36). Las dos acepciones se funden en esta elaboración de Oncina (2021b):

Como la cresta de una montaña, línea divisoria de las aguas vertientes, la época revolucionaria separa la sociedad moderna del mundo agrícola, y esta elevación en el mapa temporal se asemeja a un anticlinal, con pendientes en ambos lados, que permite imaginarse la lentitud con la que se asciende por una y la celeridad, conforme se avanza hacia abajo

²⁴ La traducción es mía, el original dice: “when analyses of air trapped in polar ice showed the beginning of growing global concentrations of carbon dioxide and methane” (Crutzen, 2002, p. 23).

²⁵ Crutzen et al. (2011) afirman lo siguiente sobre el inicio del Antropoceno: “So when did the Anthropocene actually start? It is difficult to put a precise date on a transition that occurred at different times and rates in different places, but it is clear that in 1750, the Industrial Revolution had barely begun. By 1850, it had almost completely transformed England and had spread to many other countries in Europe and across the Atlantic to North America. We thus suggest that the year AD 1800 could reasonably be chosen as the beginning of the Anthropocene” (p. 849).

cada vez más vertiginosa, con que se desciende por la otra, un descenso desbocado por haber perdido los estribos. (p. 36).

La población moderna se vio obligada a descender por la pendiente del anticlinal de manera acelerada a causa de las revoluciones del *Sattelzeit*. ¿Qué había al otro lado del desfiladero para las y los modernos? La respuesta es el futuro ignoto, que pronto pasó de ser prometedor a catastrófico por ser impredecible. La aceleración del tiempo histórico propició la inestabilidad de las estructuras políticas, sociales y jurídicas del espacio de experiencia moderno y esto generó la crisis del tiempo futuro, que es una crisis del tiempo histórico. Si a esto se le suman los planteamientos del Antropoceno que sugieren la crisis del tiempo geológico, la pregunta que se sigue es: ¿qué le espera a la humanidad como especie en ese descenso desbocado que propone el Antropoceno? Por supuesto algo más que la experiencia de desconocimiento y desadaptación propia de la aceleración del tiempo histórico. Quizás la inundación de masas continentales por el derretimiento de los casquetes polares producto de la intensificación del efecto invernadero, entre otros escenarios catastróficos que podrían significar el fin de la especie humana.

Aunque el umbral del *Sattelzeit* y del Antropoceno indican que la aceleración del tiempo histórico y del geológico emergió en ese punto, esto no significa que solo desde hace tres siglos la humanidad empezó a impactar la naturaleza. Es más, prácticas que hoy en día han profundizado la crisis como la construcción de presas y la quema de combustibles fósiles ya se daban mucho tiempo atrás. Por mencionar un caso, durante la dinastía Song, que se dio entre los años 970 y 1279 en China, ya se quemaba el carbón que era necesario para su desarrollada metalurgia. Asimismo, en la Inglaterra del siglo XVI también se quemaba el combustible fósil. Sin embargo, para la época la “combustión de carbón en China e Inglaterra no tuvo un impacto apreciable en cuanto a la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera” (Crutzen et al., 2011, p. 846).²⁶ Lo que indica el Antropoceno es un cambio cuantitativo en la magnitud del impacto humano sobre la naturaleza. La hipótesis de Crutzen y sus colegas es que dicho salto se inició con la Revolución Industrial, cuando el uso de combustibles fósiles se viralizó. Este periodo duró hasta la Segunda Guerra Mundial y conoció una fase de estancamiento por las recesiones y el decrecimiento económico del periodo entreguerras.

²⁶ El original dice: “The Chinese and English combustion of coal had no appreciable impact on the atmospheric concentration of Co2”. La traducción es mía.

En el lapso que va de 1950 al año 2000 llegó la segunda fase del Antropoceno. Desde entonces, el crecimiento económico que se impulsó en la posguerra mostró un comportamiento excepcional. Este intervalo fue conocido como el de la “Gran Aceleración”. Según Crutzen et al. (2011), “la población pasó de 3 a 6 mil millones en solo 50 años, mientras que el crecimiento exponencial en la actividad económica fue aún más dramático (un crecimiento 15 veces mayor en ese periodo)” (p. 849),²⁷ Asimismo, el “consumo de petróleo creció 3.5 veces desde 1960” (p. 849).²⁸ Adicional a ello, “el número de vehículos motorizados pasó de solo 40 millones durante el final de la guerra a cerca de 700 millones para 1996, y sigue aumentando de manera progresiva” (p. 849).²⁹ Sin contar con que se ha dado una “rápida expansión del viaje internacional, la comunicación electrónica y la conectividad económica” (p. 849).³⁰ La hiperaceleración de la economía, el transporte y la comunicación que se vivió en este periodo ha mostrado repercusiones a nivel geológico. Un ejemplo de ello es el rebasamiento del límite de concentración de dióxido de carbono en la atmósfera que, de acuerdo con Crutzen et al. (2011), es de 350 ppm. Durante la segunda etapa del Antropoceno, el nivel de Co2 aumentó “de 311 ppm en 1950 a 369 ppm en el 2000” (p. 852).³¹ Esto quiere decir que dicho límite ya ha sido transgredido y actualmente repercute en la crisis climática.

Lo que va del siglo XXI no muestra una tendencia opuesta, al contrario, la manipulación humana del entorno terrestre a nivel geológico se ha vuelto una constante. Ejemplos de ello abundan, sin embargo, se postula uno que, por su magnitud, sirve para entender a la humanidad como una fuerza geológica. Se trata de la presa china Tres Gargantas, que aloja la central hidroeléctrica de mayor tamaño en el mundo. De acuerdo con Mendoza (2024), la descomunal cantidad de agua acumulada en la presa “está alargando los días 0,06 microsegundos” (p. 22). Asimismo, la extracción de agua de acuíferos para aumentar el nivel de múltiples embalses como el de Tres gargantas “ha desplazado el eje de rotación ochenta centímetros en una década” (p. 22). Con esos dos fenómenos nos situamos, como seres humanos, en el lugar de las fuerzas geológicas, como los terremotos que

²⁷ El original dice: “Population increased from 3 to 6 billion in just 50 years, while the leap in economy activity was even more dramatic —a rise of 15- fold over that period”. La traducción es mía.

²⁸ El original dice: “The consumption of petroleum grew by a factor of 3.5 since 1960”. La traducción es mía.

²⁹ El original dice: The number of motor vehicles rose from only 40 million at the end of the war to about 700 million by 1996 and continues to rise steadily. La traducción es mía.

³⁰ El original dice: the rapid expansion of international travel, electronic communication and economic connectivity. La traducción es mía.

³¹En el original reza lo siguiente: “from 311 ppm in 1950 to 369 ppm in 2000”. La traducción es mía.

han causado desplazamientos en el eje similares o incluso de mayor alcance. Si la humanidad continúa reproduciendo la lógica del Antropoceno se seguirán alterando aquellos ciclos que hacían parte, únicamente del dominio de la naturaleza. La lógica de la aceleración ha propiciado la alteración del tiempo geológico.

¿Qué significa tener al alcance la modificación de la posición de la Tierra? Esta se encuentra determinada por los “ciclos de Milanković”; a saber, los movimientos periódicos de la órbita terrestre de los que dependen, en buena medida, los cambios climáticos de la Tierra. De acuerdo con Mendoza (2024), se trata de tres ciclos distintos que determinan la posición de la Tierra respecto al eje de rotación y a la elipse que guía el movimiento de traslación alrededor del Sol. El primero es la oblicuidad de la Tierra, de la que dependen sus estaciones. Este cuenta con “ciclos de cuarenta y un mil años” (p. 37), que alteran “la cantidad de energía solar que recibimos” (p. 37). El segundo es la precesión de la tierra, que es un movimiento de bamboleo (como el de un trompo) que se da porque la Tierra, al girar inclinada, “forma un cono imaginario que a veces se ensancha, aumentando el bamboleo o cabeceo de la Tierra cada veintiséis mil años” (p. 38). De este ciclo depende que las estaciones se suavicen o sean más severas, durante periodos de más de veinte mil años. El tercero es el de la excentricidad, que implica la modificación de la elipse dibujada por la Tierra alrededor del Sol: “Por efecto del tirón gravitatorio de Júpiter y Saturno, el planeta modifica ligeramente su recorrido, alargando su órbita un poco más” (p.38). De este depende drásticamente la cantidad de radiación que recibe la Tierra. Los tres ciclos determinan que el clima de la Tierra presente condiciones adecuadas para la supervivencia de distintas especies como la humana. La presa Tres gargantas ha modificado ciclos, que exceden cualquier vida humana particular, e incluso, la de generaciones completas. En concreto, los alcances de dicho artificio de la ingeniería china han llegado a alterar un ciclo que tiene una duración (inconmensurable desde nuestra óptica) de cuarenta y un mil años. De allí que se le denomine a nuestra especie como una fuerza geológica.

Las consecuencias que se siguen de esto son similares a las de la aceleración del tiempo histórico, aunque, en este caso, se dan a una escala que se escapa a nuestra aprehensión: la del tiempo geológico. Lo que está en riesgo en este caso no es el colapso civilizatorio de la humanidad debido a la erosión de las estructuras históricas, sino el colapso biológico de la especie humana ocasionado por la alteración del sistema planetario del Holoceno. Si entendemos al tiempo geológico como la condición de posibilidad del tiempo histórico, es posible afirmar que su preservación es tan

importante como la de las estructuras de orden histórico. De otro modo, no sería posible ninguna historia singular, por lo menos mientras la humanidad siga dependiendo de las condiciones del Holoceno para sobrevivir (ver figura 3). Mientras el tiempo geológico bordee la finitud del tiempo histórico no nos queda otro camino que intentar frenar su aceleración.

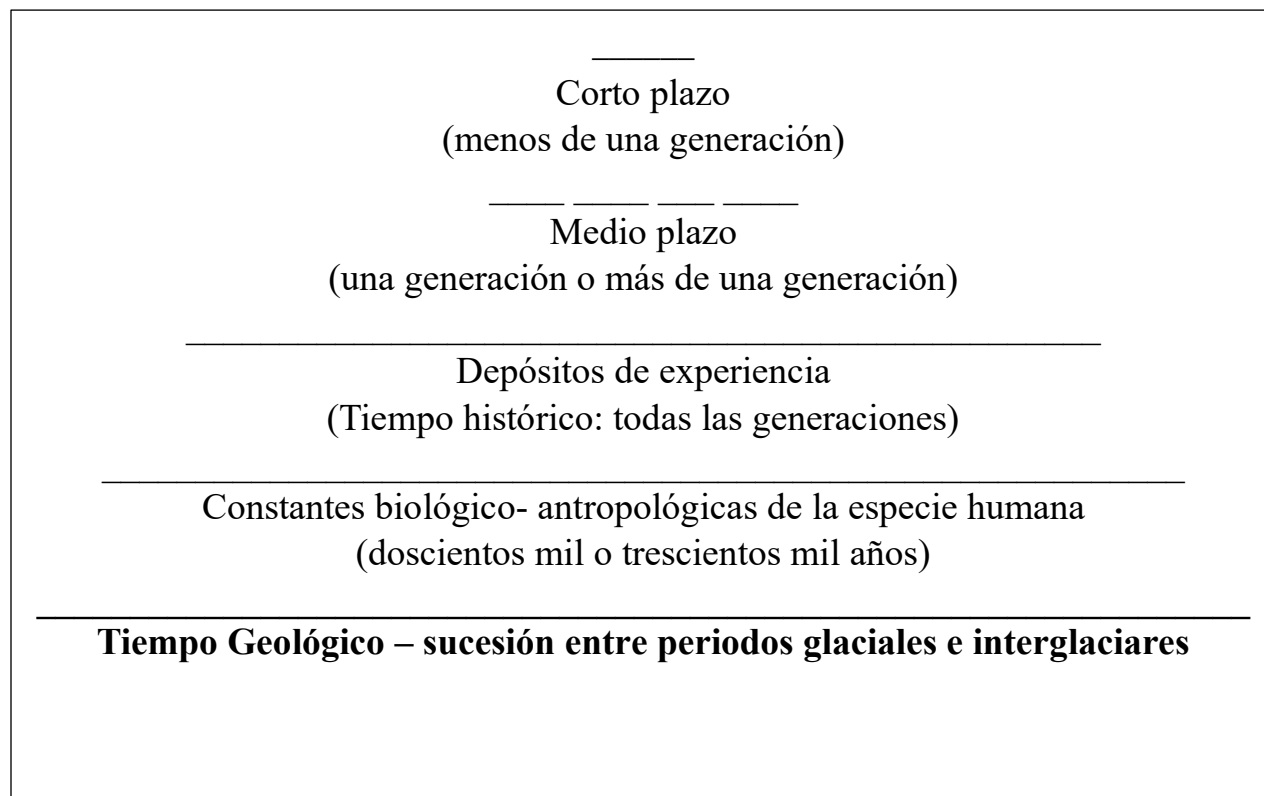


Figura 3. Representación gráfica de los ciclos y estructuras que son condición de posibilidad de las historias singulares. Están resaltados en negrita los ciclos naturales que hacen parte de la escala geológica. Fuente: elaboración propia.

Conclusiones

La multiplicidad de la temporalidad histórica puede hacerse patente de múltiples maneras. Una de ellas es la metáfora de los “estratos del tiempo”, su riqueza estriba en que engloba los distintos ritmos de cambio y de duración del tiempo histórico, que no se reduce únicamente a los cortes percibidos en el carril de los acontecimientos, sino que también involucra los motivos de medio y largo aliento que posibilitan cada evento histórico. En el ejemplo de la esquila mortuoria, que aparece más de una vez en la obra koselleckiana, esto queda claro. La carta que tiene un mensaje único que marcará un hito en la vida de su receptor, requiere de condiciones de posibilidad recurrentes como el horario de la oficina de correos y el contrato del cartero para llegar a él. Hoy en día las estructuras detrás del correo postal se han desvanecido hasta ser reemplazadas por aquellas premisas que sostienen y son condición de posibilidad de los correos electrónicos y el WhatsApp. Sin embargo, la lengua, que es una estructura de más larga duración, se ha mantenido en ambos casos. Vuelvo al ejemplo porque a través de él me fue posible comprender que ningún acontecimiento puede ser entendido como un evento aislado, totalmente nuevo y sin asidero en premisas de larga duración. Ninguna experiencia histórica es completamente nueva, siempre hay algo de ella que se ha mantenido y ha sido compartido por generaciones pasadas y que, además, se seguirá manteniendo en el futuro. En otras palabras, lo nuevo no puede prescindir de lo viejo.

El régimen de historicidad moderno negó la heterogeneidad de los estratos del tiempo sepultando el factor de la continuidad con épocas anteriores y resaltando su valor como una época única. Para la población moderna, la metáfora que le dio sentido a la experiencia del tiempo fue la línea. Mediante esta, el tiempo se entendió, por un lado, como irreversible, de allí la aversión al pasado de las y los modernos; por otro, como teleológico, es decir, orientado hacia un fin, en el caso moderno, hacia el futuro. Esta autocomprensión de la modernidad permeó al mundo de la política. Desde allí se concibió la historia como una materia prima (libre de forma) que podía ser modelada al antojo de una humanidad con poderes demiúrgicos. Esto lo menciono porque, la preocupación que orientó este trabajo de grado fue hasta dónde nos llevaría esta idea moderna de la absoluta disponibilidad del tiempo histórico. La respuesta a la que llegué fue el encuentro de dos fenómenos modernos y contemporáneos: la aceleración y el Antropoceno.

El punto de vista koselleckiano sobre la modernidad es crítico en la medida en que señala las consecuencias negativas que se desprenden de las revoluciones del *Sattelzeit*. Una de ellas, y,

quizás la más grave, es la aceleración del tiempo. La aceleración precipitó los cambios históricos desembocando en la inestabilidad política y social de las generaciones que coincidieron en ese periodo. Koselleck lo explica mediante el concepto de la “simultaneidad de lo no simultáneo”, de acuerdo con el cual la aceleración genera desencuentros entre distintos estratos del tiempo que no pueden seguir el ritmo de transformación que plantean las coyunturas.

Una forma de frenar esta situación es la desaceleración. De acuerdo con Koselleck, habría que prestar mayor atención a los ritmos de cambio de los factores recurrentes (las estructuras iterativas) con el ánimo de evitar la incertidumbre frente a lo que va a suceder. Desde mi perspectiva, esta propuesta de cariz conservador es uno de los ítems más destacados y de mayor utilidad política de Koselleck, puesto que implica pensar en las revoluciones más allá de las coyunturas. Es un llamado a contrarrestar la incertidumbre mirando hacia atrás, dando cuenta de lo que podría repetirse en su tenor estructural, y preparándose para lo futuro. No debería ser interpretada como una propuesta que busca liquidar la modernidad, Koselleck no invita a los políticos modernos a regresar al Antiguo Régimen, sino a la cautela que podría contribuir al éxito de los zarpazos revolucionarios.

El fenómeno de la aceleración (que, según Koselleck, inició en la modernidad) se ha exacerbado llegando a puntos en los que no solo la estabilidad política y social de la civilización moderna se ha visto comprometida, sino también la estabilidad de la vida en la Tierra. Este es un punto que va más allá del análisis planteado por Koselleck, pero que puse bajo la lupa manteniendo la forma de la crítica koselleckiana a la modernidad que nos invita a mirar hacia atrás (a conservar).

En la Edad Media, el tiempo se concebía en contraposición a la eternidad. Este aparecía bordeado por una expectativa supraterrrenal que limitaba la experiencia histórica de la población. En ese momento, como lo relata Hölscher, era imposible imaginar un horizonte de expectativas distinto al tiempo ya conocido, dado que el futuro estaba ubicado en un ámbito supraterrrenal. Con la aceleración, la desnaturalización y la “secularización” (tres fenómenos modernos) el tiempo se desancló de la eternidad divina y de la ciclicidad de la naturaleza. Dado lo anterior, el tiempo histórico se percibió como independiente y desacotado. El futuro abierto borró la noción de límite, por ese motivo el “progreso” ha podido llenarse de contenidos distintos desde la modernidad impulsando el avance histórico. Ello ha dado la percepción de que todo está a disposición de una humanidad a la que acompañan poderes demiúrgicos. ¡Todo!, incluso la alteración del tiempo geológico de la que el Antropoceno nos hace conscientes.

Una forma de enfrentar esto es, volviendo a Koselleck, resaltando los factores metahistóricos (constantes biológicas, antropológicas y naturales recurrentes), que son condición de posibilidad de la vida en la Tierra. Habría que conservar su estabilidad con el ánimo de garantizar un espacio seguro para la vida en la Tierra. Dado que estas condiciones se ubican en un tiempo que no nos pertenece, el geológico, lo prudente sería resaltar la alteridad de esta escala temporal. Esto para hacer manifiesta nuestra fragilidad como seres humanos ante el vasto tiempo geológico. Nuestra historia (humana) es la de un *Pálido punto azul* en el *Pálido punto azul* que es la Tierra. El tiempo histórico, o el tiempo mundano, necesita volver a anclarse a la vastedad, pero ya no entendida como la eternidad divina que le ponía coto a la expectativa cristiana, sino como la vastedad del tiempo natural, que nos excede y, por ello mismo, debe mantenerse fuera de nuestro control.

Referencias

- Aguirre, G., & Morán, S. (2020). Historia Conceptual. En G. Aguirre, A. Cantisani, L. Carello, F. Castorina, S. Colias, N. Fraile, . . . L. Zaidan, *Métodos de teoría política: un manual* (págs. 61-84). Universidad de Buenos Aires. Instituto de investigaciones Gino Germani.
- Bobbio, N. (2001). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. Fondo de cultura económica .
- Crutzen, P. (2002). Geology of mankind. *Nature*, 415, 23.
<https://doi.org/https://doi.org/10.1038/415023a>
- Crutzen, P., Steffen, W., Grinevald, J., & McNeill, J. (2011). The Antropocene: conceptual and historical perspectives. *Philosophical Transactions of the Royal Society*, 369, 842-867.
<https://doi.org/10.1098/rsta.2010.0327>
- Duso, G. (1998). Historia conceptual como filosofía política. *Res publica*(1), 35-71.
- Fernández, J. (2021). *Historia conceptual en el Atlántico Ibérico lenguajes, tiempos, revoluciones* . Fondo de cultura económica.
- Fernández, J. (2022). Destellos del porvenir. Futuros imaginados en la España de ayer. En F. Oncina, *¿Tiene porvenir el futuro?* (págs. 223-261). Plaza y Valdés .
- Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad Presentismo y experiencias del tiempo*. Universidad Iberoamericana .
- Hölscher, L. (2014). *El descubrimiento del futuro*. Siglo XXI.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós.
- Koselleck, R. (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Paidós .
- Koselleck, R. (2004). *historia/Historia*. Trotta.
- Koselleck, R. (2007). ¿Existe una aceleración en la historia? En J. Beriain, & M. Aguiluz, *Las contradicciones culturales de la modernidad* (págs. 319-345). Anthropos.
- Koselleck, R. (2009). Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana . *Revista Anthropos: Huellas del conocimiento* , 92-105.
- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* . Trotta.
- Koselleck, R. (2013). *Aceleración, prognosis y secularización* . Pre-Textos.
- Koselleck, R. (2013). *Sentido y repetición en la historia* . Hydra.
- Koselleck, R. (2020). Introducción a Estratos del tiempo. *Prismas Revista de historia intelectual*, 25(2), 119-124. <https://doi.org/https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1210>

- Koselleck, R. (2021). Progreso. En R. Koselleck, H. Stuke, & H. U. Gumbrecht, *Ilustración, progreso y modernidad* (págs. 165-257). Trotta.
- Linares, Ó. (2024). Historia conceptual alemana (Begriffsgeschichte). En A. Tena, J. Rodríguez, & A. Arango, *Metodologías y prácticas para la historia intelectual*. UPN; Universidad de Antioquia; Universidad del Norte.[En proceso de publicación].
- Marx, K. (2015). *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Fundación Federico Engels.
- Mendoza, V. (2024). *La sed Una historia antropológica (y personal) de la vida en tierras de lluvia escasa*. Debate.
- Mudrovcic, M. I. (21 de Junio de 2023). *El “giro temporal” en perspectiva. Los presentes de la historia o ¿conquiénes vivimos juntos?* Obtenido de SCRIBD:
<https://es.scribd.com/document/660399618/Mudrovcic-giro-temporal>
- Mudrovcic, M. I., & Rabotnikof, N. (2013). *En busca del pasado perdido Temporalidad, historia y memoria*. Siglo XXI.
- Nasa. (s.f.). Obtenido de <https://ciencia.nasa.gov/cambio-climatico/preguntas-frecuentes/que-es-el-efecto-invernadero/>
- National Geographic en español*. (27 de diciembre de 2021). Obtenido de <https://www.ngenespanol.com/el-mundo/volcan-tambora-asi-fue-la-explosion-volcanica-mas-violenta-de-la-historia-en-1815/>
- Oncina, F. (2021a). La estratigrafía de los estratos del tiempo . *Prismas Revista de historia intelectual* , 2(25), 131-143.
<https://doi.org/https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1212>
- Oncina, F. (2021b). Historia conceptual y metaforología. En J. F. Sebastián, & F. O. Coves, *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques teóricos e historiográficos* (págs. 27-52). PRE-TEXTOS .
- Ortega, F. (2015). República, tiempo incierto y moral en la primera mitad del siglo XIX neograndino . *Almanack Guarulhos* (10), 335-339.
<https://doi.org/https://doi.org/10.1590/2236-463320151007>
- Ortega, F. (2020). Tiempo precario tiempo eterno . República y moral en la primera mitas del siglo XIX neograndino. En F. Wasserman, *Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (Siglos XVIII y XIX)* (págs. 197-221). Prometeo.
- Palti, E. (2018). *Una arqueología de lo político. Regímenes de poder desde el siglo XVII*. Fondo de cultura económica.
- Rábade, M. d. (2007). La educación del príncipe en el siglo XV: Del Vergel de los príncipes al Diálogo sobre la educación del príncipe Don Juan. *Res Publica* , 18, 163-178.

- Rosa, H. (2011). Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada. *Persona y Sociedad*, 25(1), 9-49.
<https://doi.org/10.53689/pys.v25i1.204>
- Svampa, M. L. (2013). Sobre la politización de los conceptos y la conceptualización de lo político. *Revista argentina de ciencia política*(16), 155-167.
- Svampa, M. L. (2016). El concepto de crisis en Reinhart Koselleck. Polisemias de una categoría histórica. *Anacronismo e irrupción. Revista de teoría y filosofía política clásica y moderna*, 6(11), 131-151.
- Svampa, M. L. (2017). El presente en suspenso. Estratos del tiempo y la pregunta por lo contemporáneo a partir del pensamiento de Reinhart Koselleck. *Daimon. Revista internacional de filosofía* , 5(71), 157-170.
<https://doi.org/https://doi.org/10.6018/daimon/237871>
- Svampa, M. L. (2018). Repensando la contemporaneidad de lo no contemporáneo . *Cuadernos de filosofía* , 71(2), 39-54. <https://doi.org/10.34096/cf.n71.7302>
- Thompson, E. (1995). *Costumbres en común Estudios sobre la cultura popular*. Crítica.
- Zermeño, G. (2021). Reflexiones en torno a la metáfora de la historia como tribunal de justicia. En J. Fernández, & F. Oncina, *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques teóricos e historiográficos* (págs. 291-309). Pre-Textos.